CUADERNOS
historia 16

Simón Bolívar

V. González, N. Martínez, A. Caballero y A. Beretta



63

140 ptas

CUADERNOS historia 16

historia 16

INFORMACION Y REVISTAS, S. A.
PRESIDENTE: Juan Tomás de Salas.
VICEPRESIDENTE: César Pontvianne.
DIRECTOR GENERAL: Alfonso de Salas.
DIRECTOR DE PUBLICACIONES: Pedro J. Ramírez.
DIRECTOR: J. David Solar Cubillas.
SUBDIRECTOR: Javier Villalba.
REDACCION: Asunción Doménech y Manuel Longares.
COLABORACION ESPECIAL: José M.ª Solé Mariño.
SECRETARIA DE REDACCION: Marie Loup Sougez.
CONFECCION: Guillermo Llorente.
FOTOGRAFIA: Juan Manuel Salabert.
CARTOGRAFIA: Julio Gil Pecharromán.
Es una publicación del Grupo 16.
REDACCION Y ADMINISTRACIÓN: Madrid. Hermanos García Noblejas, 41, 6.° 28037 Madrid. Teléfono 407 27 00.
Barcelona: Plaza Gala Placidia, 1 y 3, planta 12. 08006 Barcelona. Teléfs.: 218 50 16 y 218 50 66.

DIRECTOR GERENTE: José Luis Virumbrales Alonso.
SUSCRIPCIONES: Hermanos García Noblejas, 41. 28037 Madrid. Teléfs.: 268 04 03 - 02.
DIRECTOR DE PUBLICIDAD: Balbino Fraga.
PUBLICIDAD MADRID: Adriana González. Hermanos García Noblejas, 41. 28037 Madrid. Teléfono 407 27 00.
Cataluña: Plaza Gala Placidia, 1 y 3, planta 12. 08006 Barcelona. Teléfs.: (93) 237 70 00, 237 66 50 ó 218 50 16.
Zona Norte: Alejandro Vicente. Avda. del Ejército, 11, departamento 54 B. 48014 Bilbao. Tel. (94) 435 77 86.
IMPRIME: Raycar, S. A. Matilde Hernández, 27. 28019 Madrid.
DISTRIBUYE: SGEL. Polígono Industrial. Avda. Valdelaparra, s/n. 28000 Alcobendas (Madrid).
ISBN 84-85229-76-2, obra completa.
ISBN 84-85229-77-0, cuadernos.
ISBN 84-7679-1039-2. Tomo VII.
Depósito legal: M. 41.536. —1985.



Simón Bolívar

Indice

El hombre y el mito

Por Vicente González Loscertales
Historiador. Profesor de Historia de América. Universidad Complutense de Madrid

CUARTO hijo de una acomodada familia de la oligarquía caraqueña, Simón Bolívar nació en Caracas el 24 de julio de 1783. Sus padres, don Juan Vicente Bolívar y doña María de la Concepción de Palacios y Blanco, procedían de viejas familias criollas propietarias de plantaciones, casas y esclavos.

Tenía Bolívar tres años cuando falleció su padre. Quedaron sus cuatro hermanos bajo la tutela de la madre y del abuelo materno. A la muerte de éstos, Simón quedó a cargo de su tío Carlos Palacios, quien le procuró una educación adecuada a su rango.

Entre sus maestros, de los que el propio Bolívar cita a Andrés Bello, el que ejerció mayor influencia sobre su personalidad e ideología fue el roussoniano Simón Carreño o Simón Rodríguez. Este complejo personaje inculcó al joven Bolívar un encendido culto por la libertad y una buena dosis de megalomanía y ansia de belleza.

En 1799 abandonó, con el grado de teniente, el Ejército y tras una breve estancia en México, en la que según algunos biógrafos elogió la Revolución Francesa y el derecho de América a su independencia, llegó a España.

En Madrid vivió con su tío Esteban Palacios en casa del sudamericano Manuel Mallo, que gozaba del favor de la Corte, y buscó la protección del marqués de Ustariz, quien le dio a conocer a los poetas, filósofos e historiadores clásicos modernos.

En casa de Ustariz conoce a la que había de ser su esposa, María Teresa, hija de Bernardo Rodríguez de Toro, noble nacido en Caracas. Antes de casarse, a los diecisiete años, visita la Francia del Napoleón triunfante. Ya casado, parte en 1802 a Caracas. Poco durará, sin embargo, el matrimonio. Unos meses después de la llegada a Venezuela muere María Teresa.

Nunca volvería a casarse Bolívar. Un cuarto de siglo más tarde, el Libertador se refería de este modo a los efectos de su viudedad: *De no haber sido viudo, quizá mi vida habría sido distinta. No me habría convertido ni en el general Bolívar ni en el Libertador de Sudamérica. La muerte de mi esposa me puso pronto en el camino de la política.*

Napoleón

Pronto regresó a Europa. Tras una corta estancia en España, pasa un tiempo en el París imperial, donde conoce a muchos militares del ejército de Napoleón, al que Bolívar admiraba y detestaba a la vez, y se impregna de las ideas ilustradas, de las nociones de independencia, soberanía popular, progreso y civilización, que le llevan a incorporarse a la masonería americana de París, donde alcanza el grado de maestro.

En estos momentos parece ya convencido de la necesidad de independencia del continente americano. Así manifiesta a Alexander von Humboldt: *En realidad, qué brillante destino el del Nuevo Mundo sólo con que su pueblo se libere de su yugo.*

La idea de ser él el artífice de la hazaña no parece que la tuviera formada todavía. Estaba ocupado en admirar a Napoleón, aunque su coronación hirió profundamente sus ideas republicanas.

En París reencontró Bolívar a su maestro Simón Carreño, que le impulsa de nuevo a la lectura y refuerza las convicciones políticas que se había ido forjando, cuya consecuencia lógica es durante el viaje que ambos emprenden por Italia, el conocido episodio del monte Lacio, en el que el joven Bolívar, impregnado de las glorias de Napoleón, jura solemnemente libertar a su patria de la tiranía española. Este propósito, culminación de un proceso de maduración política, se convierte en obsesión permanente, en el motivo central, en el motor de su actividad durante los veinte años siguientes.

A su regreso en 1807 a Venezuela, aún resonaban los ecos del fracaso de Miranda, incapaz de atraer a sus compatriotas a su causa, y no era momento propicio para llevar a cabo ninguna acción. Bolívar dedica estos años al cultivo de su hacienda, a la literatura y a conspirar con un grupo de hombres de decisiva influencia en la evolución del movimiento emancipador.

La invasión napoleónica de la península Ibérica ofreció la ocasión propicia. El rechazo a los franceses fue categórico, pero ante la disolución de la Junta Central en 1810, en Cádiz, los criollos, que desde 1809 intentaban formar una junta soberana, depusieron al capitán general Emparán, reunieron al Cabildo y crearon el 19 de abril de 1810 una junta compuesta por criollos de distintas tendencias, desde el conservadurismo al autonomismo y al independentismo, a la que convirtieron en el núcleo de un nuevo Gobierno de Venezuela.

En un primer momento de predominio conservador, Bolívar, conocido como radical y nacionalista, se vio excluido de puestos. Pero al irse radicalizando la revolución, y ante la necesidad de ayuda exterior, fue enviado a Londres para conseguir el respaldo del Gobierno inglés.

Francisco de Miranda, preso en La Carraca, Cádiz

El joven Bolívar con su maestro Simón Rodríguez

Simón Bolívar (grabado de la Biblioteca Nacional, París)





La misión de Bolívar en Londres era esencial. La independencia de Iberoamérica interesaba a Gran Bretaña desde el punto de vista económico, pero la situación internacional no permitía a los británicos un apoyo abierto a las peticiones de Bolívar.

La misión se cerró sin daño ni provecho, aunque supuso el encuentro con Francisco de Miranda, al que Bolívar convenció para que regresara a Venezuela.

Allí, en el seno de la Sociedad Patriótica, constituyeron un grupo de presión que exigía la independencia absoluta. El 5 de julio de 1811 la declaraban solemnemente. Aparecía la llamada Primera República, que habría de durar alrededor de un año y enfrentarse a las provincias realistas de Coro, Maracaibo y Guayana.

Bolívar desempeñó un gran papel en el giro de los acontecimientos que condujeron a la independencia, tras una gran polémica en el Congreso. En esta ruptura con España, la primera en el continente americano, hay que ver el resultado de la obsesión por la libertad de Simón Bolívar, quien pronto habia de tener roces y enfrentamientos con Francisco de Miranda en cuanto a la conducción de la guerra contra Coro y Maracaibo, el trato a los españoles y otras importantes diferencias, fruto de sus distintos orígenes de clase y divergente mentalidad.

La guerra de 1811-12, unida al terremoto del 26 de marzo, concluyó con la derrota de las tropas independentistas, la captura de Miranda y la huida de Bolívar.

Este, tras esconderse en Caracas, marchó a Curaçao, de donde llegó, a mediados de noviembre de 1812, a Cartagena, puerto principal de Nueva Granada. El desastre de la Primera República no le desalentó; había aprendido muchas cosas que le servirían para proseguir la lucha.

Bolívar (por Pedro José Figueroa, Museo Nacional, Bogotá)



Surge el Libertador

En Cartagena, en 1812, nace Bolívar como Libertador de un continente. Sus análisis sobre el fracaso de la experiencia venezolana le llevan a radicalizar su postura frente a los españoles. Insiste en la necesidad de disciplina en el Ejército, en centralizar poderes, fundamentalmente en tiempo de guerra, y sobre todo en la unión de todos los criollos frente al español.

Así lo expresó en el famoso Manifiesto de Cartagena: *No los españoles, sino nuestra propia desunión, nos ha llevado nuevamente a la esclavitud. Un Gobierno fuerte podría haber cambiado todo. Podría hasta haber dominado la confusión moral que siguió al terremoto. Con él Venezuela hubiera sido libre hoy.*

El objetivo prioritario era recuperar Caracas rápidamente para evitar que desde el territorio venezolano, como cabeza de puente, los españoles pudieran emprender la reconquista de sus colonias.

En el Manifiesto de Cartagena, afirma Gerhard Mansur, *comienza su carrera como líder espiritual, trágicamente determinada a dar unidad y resistencia a la independencia de Sudamérica.* Inicia la lucha por la libertad del continente combatiendo en Nueva Granada, Barrancas y Mompós, para que Cartagena no estuviese aislada del interior. Después se lanza a la liberación de Cúcuta, para seguir luego a Venezuela.

El triunfo alejó todo peligro de invasión española desde Colombia y consolidó el poder militar de Bolívar, dispuesto a desafiar los obstáculos que la naturaléza, la debilidad de sus tropas y el enemigo le planteaban. La declaración de guerra a muerte marcaba el principio de una confrontación en la que la destrucción fue única ley.

Entre mayo y agosto de 1813, con un ejército que no contaba al principio más de 700 hombres, Bolívar liberó Mérida, Trujillo, Barquisimeto y Valencia en una serie de acciones relámpago.

El 6 de agosto entra vencedor en Caracas y, decidido a evitar los errores de la Primera República, refuerza el poder ejecutivo y actúa casi dictatorialmente gracias a los plenos poderes que le otorga la asamblea representativa, frente a la disconformidad oculta o manifiesta de la aristocracia venezolana.

Desde esta posición de fuerza estableció una línea de gobierno enérgica y una política inflexible hacia los españoles. La guerra era terrible y los españoles respondían con la misma crueldad a las acciones de los patriotas, que hacían suya la exhortación de su jefe: *Españoles y canarios, contad con la muerte aun siendo indiferentes, si no obráis activamente en obsequio de la libertad de la América. Americanos,*

contad con la vida aun cuando seáis culpables.

La Segunda República parecía segura tras la expulsión del jefe de las fuerzas realistas, Domingo Monteverde, de Puerto Cabello, pero carecía de apoyo popular, de base social.

El Ejército realista, como el independentista, estaba formado por venezolanos. Pero los estratos inferiores de la sociedad, esclavos y llaneros, veían a los independentistas como enemigos de clase, como opresores y no como compatriotas.

Los llaneros, acaudillados por el asturiano Tomás Boves, partidario de los realistas desde que en 1812 fue ofendido por los insurgentes, se convirtieron en una extraordinaria fuerza de caballería que acabaría con la Segunda República.

En la batalla de La Puerta, el 15 de junio de 1814, Boves derrotó a las tropas de Bolívar y con su ejército de salvajes jinetes tomó Valencia y Caracas y puso fin a la Segunda República, mientras Bolívar huía de Caracas, se refugiaba en Barcelona y, finalmente, embarcaba para Cartagena, dejando sólo unos grupos guerrilleros en su patria.

Exilio y triunfo

El Libertador seguía firme en sus propósitos de liberar América, restaurando como primera medida la independencia de Venezuela. Pero este ideal sólo era posible si las distintas naciones del continente lo consideraban prioritario.

Nueva Granada ofrecía un ejemplo de desunión, de falta de integración que había que remediar antes de pensar en nuevas empresas. En esta tarea Bolívar dominó la provincia de Cundinamarca, que se hallaba en rebeldía, penetró en Tunja y entró en Bogotá.

Desde la capital del virreinato exhortó a los colombianos a rebelarse contra la monarquía española y encomendó a sus tropas expulsar a los españoles del único reducto de que disponían en la costa norte del país: la ciudad de Santa Marta.

La campaña del Libertador se caracterizó por una serie de éxitos y la derrota de los españoles. Pero pronto las calumnias contra el Libertador y las divisiones entre grupos de independentistas crearon tal estado de opinión que culminó con la destitución de Bolívar tras la unión de Cartagena.

Los enemigos políticos acusaron a Bolívar del colapso de Venezuela y exigieron su destitución. Ante lo desesperado de la situación, escribió al comisionado de Cartagena: *Si Nueva Granada quiere o no ser libre, ¿no es posible al menos que lleguemos a un acuerdo para que quienes prefieren la libertad por encima de todo lo demás puedan ir a otro país o morir como hombres libres?*

El general español Pablo Morillo, tras el regreso de Fernando VII, entró en Caracas a la cabeza de un gigantesco ejército. Se componía su flota de 18 buques de guerra y 40 buques mercantes. En conjunto, la fuerza transportada ascendía a casi 11.000 hombres, expertos en las guerras o batallas de Bailén y otras de la península Ibérica.

Morillo ocupó Cartagena el 6 de diciembre de 1815. En la ciudad se proclamó el terror. Murieron cientos de personas, entre las que se contaban algunos líderes del movimiento emancipador. Bolívar, que había visto confiscadas sus propiedades por Morillo, huyó a Jamaica en mayo de 1815, en estado de extrema penuria.

Desde su exilio insular intentó conseguir el apoyo británico a la causa de la independencia, pero no encontró eco en el Gobierno de Londres, cuya política exterior se había propuesto establecer contactos con la Santa Alianza. Ni siquiera se le permitió abastecerse de armas en Jamaica para cotrarrestar los éxitos de su enemigo Morillo.

La famosa Carta de Jamaica (6 de septiembre de 1815) es el más importante entre los numerosos escritos de Bolívar en este período. Constituye una reflexión sobre la situación del momento, un análisis y una crítica del pasado, una llamada a la solidaridad exterior y una exposición de las ideas del Libertador sobre la emancipación política de Hispanoamérica.

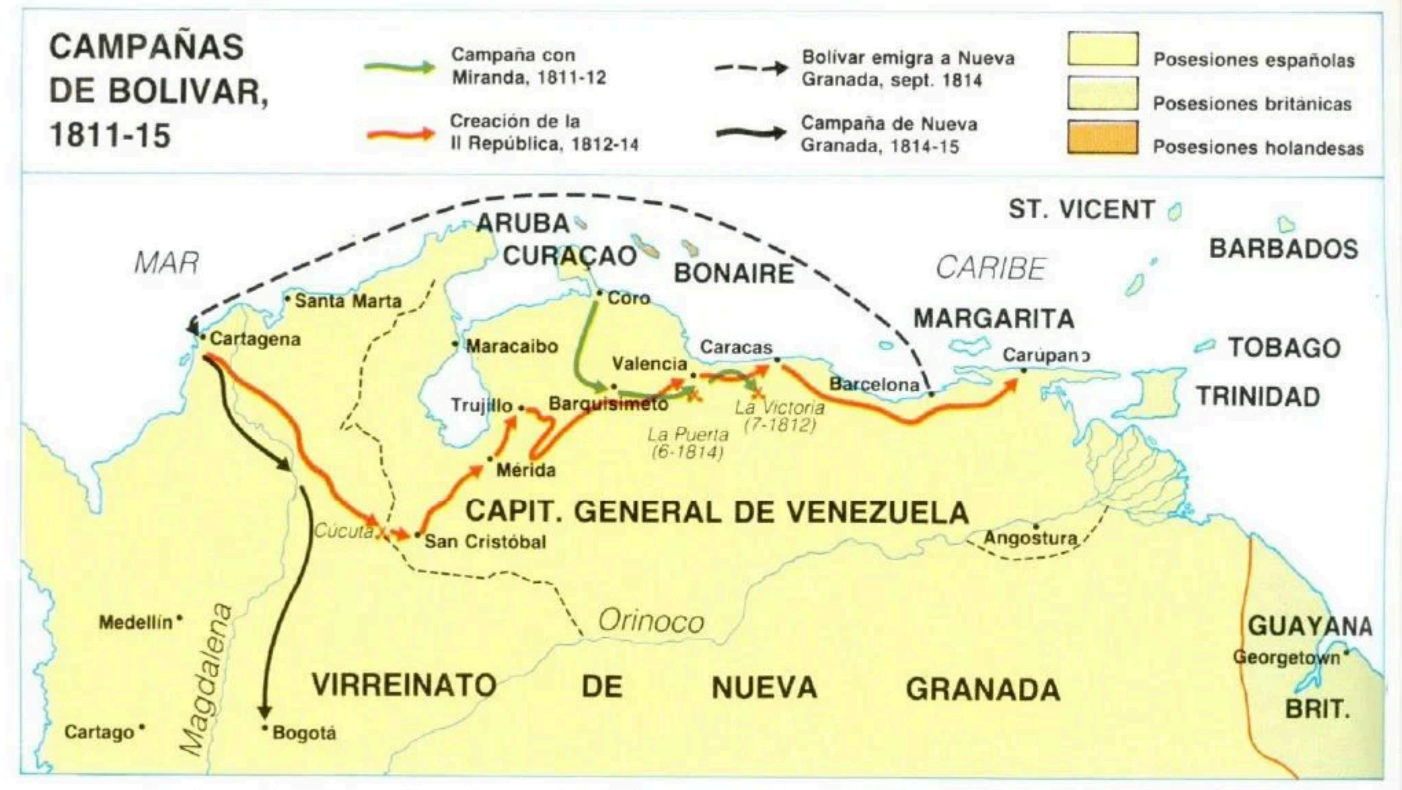
En diciembre no pudo soportar más la inactividad y se dirigió a Cartagena de Indias. Pero al conocer que había caído bajo dominio español se trasladó a Haití, donde fue recibido calurosamente por el presidente Petion, quien le proporcionó la ayuda que no había podido conseguir en Jamaica: dinero, armas y municiones, víveres y medios de transporte, a cambio de abolir la esclavitud en todos los Estados que liberase.

La expedición libertadora, tras un primer fra-



Rafael Urdaneta





caso, desembarcó en Barcelona el 31 de diciembre de 1816, inaugurando lo que Bolívar llamó la tercera época de la república.

Bolívar, que condujo a sus hombres hacia el sur, era consciente de que liberaría Venezuela por la reconstrucción y no por la conquista. Se trataba de evitar los errores del pasado creando un Gobierno central, asentando en un congreso las bases políticas y suprimiendo las causas de conflicto social. Para poner esto en marcha debía primero derrotar a los españoles.

En conexión con Páez, comandante de las tropas del oeste, y del general Piar, a quien confirmó en su rango de comandante general del Ejército de Venezuela, culminó la conquista de Guayana, mientra Morillo se veía obligado a permanecer en el oeste para combatir a Páez.

La campaña se complicó por la deslealtad de Mariño, pero la toma de Angostura hizo dueño a Bolívar de la región del Orinoco. Aquí terminaban cinco años de incertidumbre y podía ya dedicarse a su tarea de reconstrucción. Pero antes ajustició a Piar, que se le había rebelado.

La desaparición de este jefe fortaleció el poder de Bolívar, al sometérsele Mariño y fortalecerse la unión con Páez, quien al frente de los llaneros encarnaba lo más eficaz del ejército libertador. Había llegado el momento de construir un bosquejo de Estado, apropiado para dirigir la guerra, organizar la paz y conseguir apoyo internacional.

Idea federativa

La empresa militar de liberación había que llevarla a Nueva Granada y Perú; pero a partir de entonces el estadista debía prevalecer sobre el guerrero.

En 1818, la situación distaba de ser favorable a Bolívar. Las tropas de Morillo, avezadas y disciplinadas, le infligieron serias derrotas en el Semen y la Puerta, que le hicieron tambalearse desde el punto de vista militar.

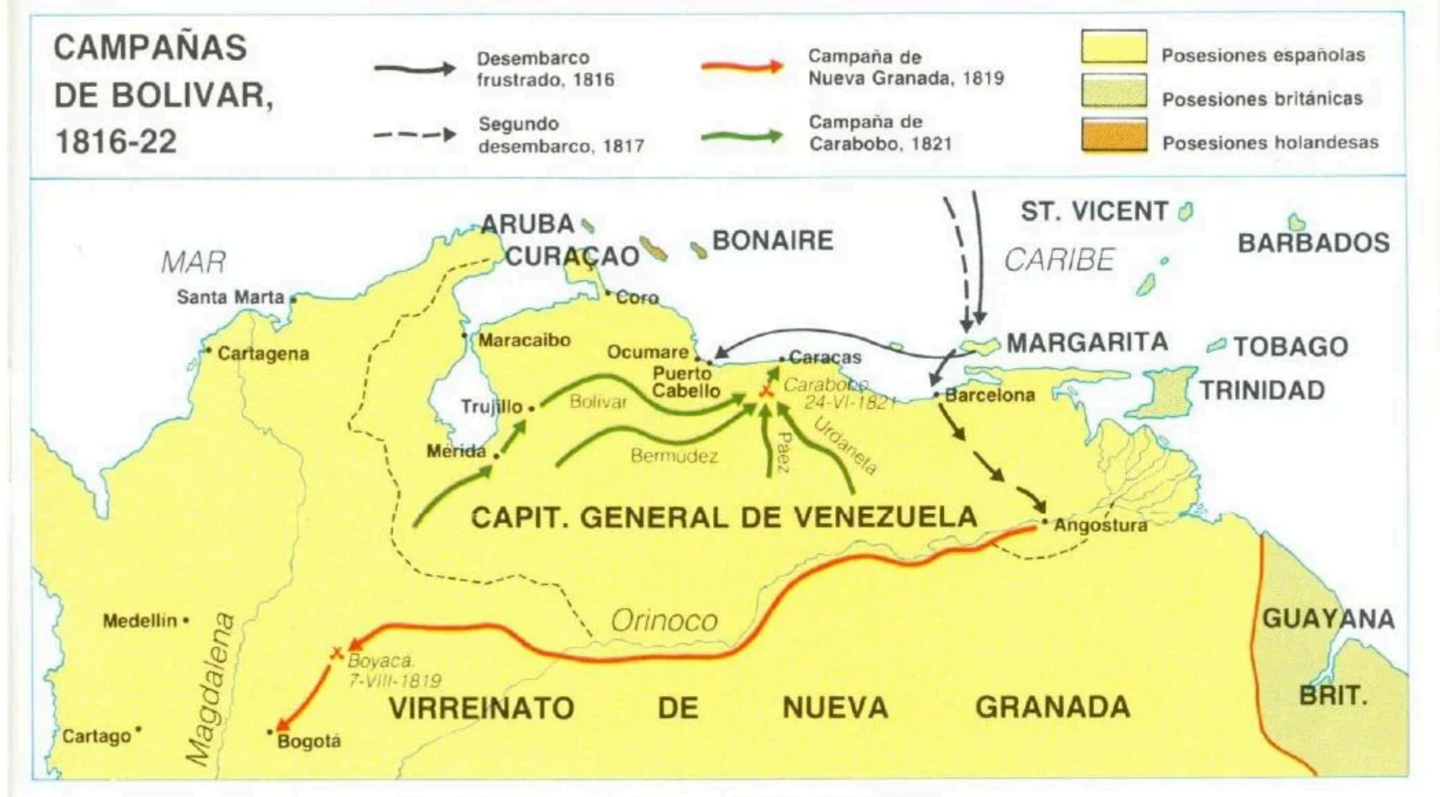
Su actividad diplomática le ayudó a superar la crisis. De Inglaterra, Irlanda y Alemania llegaron legionarios para luchar a su lado. Algunos aportaron conocimientos técnicos, asesoramiento militar y disciplina.

El ejército bolivariano iba adquiriendo su forma definitiva. Los comerciantes ingleses le vendían uniformes y armas. Por primera vez, Bolívar combatía la influencia de prensa realista con *El Correo del Orinoco*, boletín oficial de su Gobierno.

A pesar de las derrotas que le propinaban los españoles, Bolívar, apoyado por la opinión británica, por la neutralidad del presidente de los Estados Unidos, Monroe, y por la solidaridad hispanoamericana, encarnada en el jefe del Gobierno argentino, Pueyrredon, se lanzó a la liberación de Nueva Granada, nombrando al coronel Santander comandante de este nuevo escenario y llamando al pueblo neogranadino a la rebelión: *... Antes de un año, los altares de la libertad tendrán un nuevo solar en Colombia. ¡Colombianos, el día de América amanece!*

En 1817 había creado Bolívar un embrión de Estado que había que poner en marcha. De ahí que reuniera en la pequeña ciudad de Angostura, a orillas del Orinoco, a 26 delegados, representantes de las provincias de Caracas, Barcelona, Cumaná, Barinas, Guayana y Margarita, para establecer el Parlamento de la Venezuela libre.

Se inauguró el 15 de febrero de 1819 con un discurso de Bolívar, en el que puso de relieve sus condiciones de comandante en jefe y de estadista, que no concibe el Estado como ente



vacío, sino como expresión viviente y móvil de una sociedad. El ideario de Bolívar se ve siempre matizado por su conciencia del medio sobre el que deben operar las ideas. De ahí su petición de mayores facultades para el jefe de la República y el predominio del ejecutivo sobre el legislativo. No es este el lugar para tratar de las ideas políticas de Bolívar, para quien el Congreso supuso una victoria, pues reafirmó su posición, y presentó ante el mundo la República como estado independiente y proporcionándole por añadidura sus ideas conservadoras una disminución del rechazo de los países europeos.

Tras el Congreso se volvió al combate para liberar Nueva Granada. En los llanos de Casanare resistían algunos patriotas reorganizados con éxito por Santander. Con él se reunió Bolívar el 11 de junio de 1819, para dirigirse a la cordillera, y, tras franquearla, marchar sobre Bogotá.

La batalla de Boyacá supuso la liberación de Nueva Granada. Concluían setenta y cinco días de luchas y sufrimientos con la entrada el 10 de agosto en Bogotá, capital del virreinato de Nueva Granada.

La tarea primordial para el hombre de Estado, Bolívar, era seguir el proceso de construcción de instituciones estatales iniciado en Angostura. La idea federativa tomó cuerpo con el programa de creación de la Gran Colombia, formada por la unión de Venezuela y Nueva Granada.

Como vicepresidente en Bogotá designó al general Francisco de Paula Santander, al que presentó a los neogranadinos con la frase: *en Santander os dejo un nuevo Bolívar,* para regresar a Venezuela y sancionar la unión a través del Congreso, que arrastraba en esos momentos una azarosa existencia por conflictos entre sus dirigentes.

La llegada de Bolívar aplacó las rivalidades y

Antonio José de Sucre



en poco tiempo se decidió crear la República de Colombia, cuya Constitución debía aprobarse en un nuevo Congreso que reuniría el 1 de enero de 1821 en Cúcuta.

Pero el nacimiento de la gran nación colombiana no suponía la paz: Caracas, Quito y Lima permanecían todavía en manos españolas y no era fácil saber por dónde empezar.

Los sucesos de 1820 en España, que restauraron la Constitución de 1812, limitaron la capacidad de acción del general Morillo, que se vio abocado a firmar un armisticio con Bolívar.

Este prefirió consolidar sus posiciones y emprender la expansión hacia el sur antes que atender los deseos de Páez de salvar Venezuela. Bolívar pensaba que tras el éxito de San Martín, en Chile, y su proyección hacia Perú, había llegado el momento de unírsele desde el norte.

La rebelión de Guayaquil contra las autoridades coloniales le proporcionaba un motivo para promover la anexión de esta provincia a Colombia, y en la imposiblidad de hacerlo personalmente comisionó al general Sucre con este fin.

La rebelión de Maracaibo y su incorporación al territorio liberado, si bien rompió el armisticio y acortó su duración en un mes, fue ventajosa para Bolívar, que vio llegada la ocasión de liberar Venezuela. Uniendo los tres ejércitos del oeste (Páez, Urdaneta y el suyo propio) y haciendo atacar Caracas al del este, emprendió la definitiva campaña militar.

Con la toma de Caracas culminaba la liberación de Venezuela, a excepción de los pequeños focos realistas de Puerto Cabello y Cumaná. El Congreso reunido en Cúcuta sancionaba desde el punto de vista institucional la unión de Colombia y Venezuela, elegía a Bolívar presidente de la República y elaboraba una Constitución profundamente decepcionante para el Libertador, que partió a incorporar Quito a los territorios independientes.

José Antonio Páez



Dictador de Perú

A partir de 1822, la acción de Simón Bolívar tiene un escenario más dilatado: el hemisferio sudoccidental. La visión expuesta en la Carta de Jamaica se convertía en realidad.

La actividad diplomática se reflejaba en misivas a O'Higgins y San Martín avisándoles que su ejército iría al sur a liberar las regiones en poder de España. Envió también emisarios a México, Perú, Chile y Buenos Aires con su programa de política continental, consistente en la alianza de naciones hermanas, con soberanía interior y unión ante el exterior. Para esto se debía reunir un congreso de representantes de todas las naciones en Panamá (declarada independiente en 1821) anunciando su deseo de unirse a la Gran Colombia.

El plan se fue llevando a cabo con la toma del núcleo realista de Pasto y los éxitos de Sucre en el Ecuador. En condiciones nada fáciles, la victoria de Pichincha y la independencia de Quito convirtieron a Guayaquil en el problema principal de Bolívar.

Allí se encontró con San Martín para decidir el destino de la ciudad, si debía incorporarse a Perú, a Colombia o ser independiente. Bolívar, hábilmente, fomentó la incorporación a Colombia movilizando masas y aterrorizando a los contrarios a sus deseos. Ante el caos reinante se hizo proclamar dictador.

Su encuentro con San Martín, decepcionante para ambos, le abrió el camino hacia el Perú, pero distintas consideraciones retrasaron su marcha: asuntos de Colombia, problemas con el Ejército español que aún quedaba al norte de aquel país y la necesidad de que las voces peruanas que reclamaban su presencia se convirtieran en clamor, así como el permiso del Congreso de Bogotá.

En septiembre de 1823 llegó a Lima, donde le había precedido Sucre, para estudiar la situación y preparar el Ejército. La anarquía imperante desagradó profundamente a Bolívar; los conflictos internos del Perú dificultaban su acción.

El pueblo estaba cansado de guerra, sus dirigentes, además de desconfiar de Bolívar, vacilaban entre el acuerdo con España o la independencia.

En estas condiciones la campaña militar se hizo penosa. Pero la favorecieron las disensiones entre los jefes españoles, a los que la res-

tauración del absolutismo en 1823 dividió como en 1820 lo había hecho el liberalismo.

Las preocupaciones políticas pasaron a segundo plano, aunque la recuperación de El Callao y Lima obligó a restaurar el Gobierno constitucional y nombrar ministros y jueces.

El 8 de diciembre tuvo lugar la victoria definitiva en Ayacucho, que suponía el logro de los objetivos de Bolívar: la independencia de Sudamérica.

Lograda la independencia es ratificado Bolívar como dictador del Perú, además de presidente de Colombia, y se enfrenta al hecho consumado de que Sucre, tras vencer las últimas resistencias, proclama nación independiente al Alto Perú, cuya Asamblea adopta para el nuevo Estado el nombre del Libertador, transformado en Bolivia.

El problema de la organización de la nueva nación planteó un reto al hombre de Estado. La constitución elaborada por Bolívar demuestra una vez más su afán de adecuar las instituciones a la realidad socio-económica, así como los puntos débiles del pensamiento político bolivariano y su convicción de la necesidad de un poder personal.

La organización de Bolivia marca el punto más alto de la vida del Libertador. A partir de este momento se inicia su declive, aunque sus grandes proyectos de futuro, como la Liga de Naciones Americanas o la Federación de los Andes, muestran su talento de visionario genial.

Final

La realidad geográfica, económica, étnica, social y cultural se oponía a sus planes integradores. Las rivalidades entre Páez y Santander eran reflejo de las fuerzas que socavaban la unidad de la Gran Colombia y del enfrentamiento entre la mentalidad del guerrero y la del jurista.

El retraso de Bolívar en volver a Colombia, cegado por su proyecto de federación de los Andes y por el embrujo del poder dictatorial, le impidió evitar la ruptura entre Páez y Santander.

La desunión repercutió en Quito y Guayaquil. En 1826, las relaciones del Libertador con Santander se deterioraron y éste acogió sus declaraciones de liberalismo con gran recelo y escepticismo. Páez, en Venezuela, se enfrentó abiertamente a él, decidido como estaba a separar el país de la federación.

La vuelta a la sumisión de Páez costó a Bolívar el tener que aprobar las ideas del llanero, lo que motivó protestas de Bogotá. El arreglo con Páez empeoró la relación con Santander.

La situación de la administración venezolana era caótica. En Bogotá, Santander y sus partidarios pedían que le fuera quitada la presidencia a Bolívar y entorpecían su marcha hacia la capital. Al llegar a ésta vio cómo perdía su control sobre la Convención a favor de Santander.

En los mensajes de Bolívar se refleja un amargo desengaño que las deliberaciones de la Convención iban acrecentando. Retirado en Bucaramanga, el Libertador esperaba los resultados ansiosamente. Los sinsabores agriaban su carácter, había perdido el sueño y el apetito.

La evidencia del triunfo de Santander en la Asamblea le llevaron a actitudes de fuerza que le permitieron asumir el poder como presidente en una situación de *cesarismo democrático*, para descontento de los partidarios de Santander, que organizaron una conspiración que estuvo a punto de costarle la vida y, según él, le *destrozó el corazón*.

La situación se deterioraba en Colombia; Sucre había abandonado Bolivia; Perú atacaba Ecuador; se habían ensayado todos los sistemas y ninguno había dado resultados.

En 1829 se repetían los sucesos de 1826: el separatismo en Venezuela se oponía al Libertador, al que amenazaban con encender una guerra de guerrillas.

El 20 de enero de 1830, un Bolívar enfermo y agotado anuncia el próximo fin de su carrera política. Llegaría ésta con la disolución de la Gran Colombia y el destierro del Libertador, que salió el 8 de mayo de Bogotá.

Pobre, desilusionado y enfermo, murió el 17 de diciembre de 1830, a los cuarenta y siete años de edad, en la hacienda de San Pedro Alejandrino, en los alrededores de Santa Marta, exhortando a sus compatriotas a permanecer unidos y profetizando una América grande y unida para el futuro.

Bolívar (anónimo, colección Jorge Cuervo, Bogotá)





Ideas para una revolución

Por Nelson Martínez Díaz
Historiador. Universidad de Montevideo

POR fortuna y educación, Simón Bolívar parecía llamado al cómodo papel de ocupar un sitial en la aristocracia conformada por los *mantuanos*, como propietario de numerosas haciendas. Pero muy pronto la muerte de sus progenitores dejó al joven bajo la custodia de su tío, Carlos Palacios, quien debía ocuparse de su educación.

Una formación intelectual confiada, en primer término, a una serie de maestros en la ciudad de Caracas, le hizo conocer preceptores como el capuchino padre Andújar, un excepcional personaje de la sociedad venezolana de finales del siglo XVIII llamado Simón Rodríguez y, más tarde, al joven Andrés Bello.

Seguramente fue la personalidad de Simón Rodríguez la que atrajo a Bolívar con mayor fuerza. Espíritu romántico, admirador de la Ilustración francesa, le introdujo en la lectura de Rousseau y los enciclopedistas, abriéndole el horizonte de las nuevas ideas que llegaban al mundo hispanoamericano.

Asimismo, la Universidad de Caracas, cuyo magisterio intelectual ejerció considerable autoridad en el ámbito venezolano, contribuyó a la difusión de las corrientes ilustradas que procedían del Viejo Continente. Debe recordarse, por otra parte, la existencia de una tradición española que desde Francisco Suárez, en el siglo XVI —exponente del pensamiento escolástico—, hasta Benito Jerónimo Feijoo, en el XVIII, configuran un núcleo de ideas de fuerte incidencia teórica y rigor crítico cuyas aportaciones son visibles, junto a las que provenían de la Revolución Francesa, en la primera etapa del movimiento político hispanoamericano que conduce a la emancipación.

Sin duda, los viajes por el continente europeo —complemento obligado de la educación de un joven mantuano—, la visita a los Estados Unidos de América del Norte, la estancia en París durante un período histórico que consagraba la trayectoria de Napoleón con su coronación en Notre Dame, y el reencuentro con su educador, Simón Rodríguez, constituyeron estímulos importantes en la definición ideológica de Bolívar.

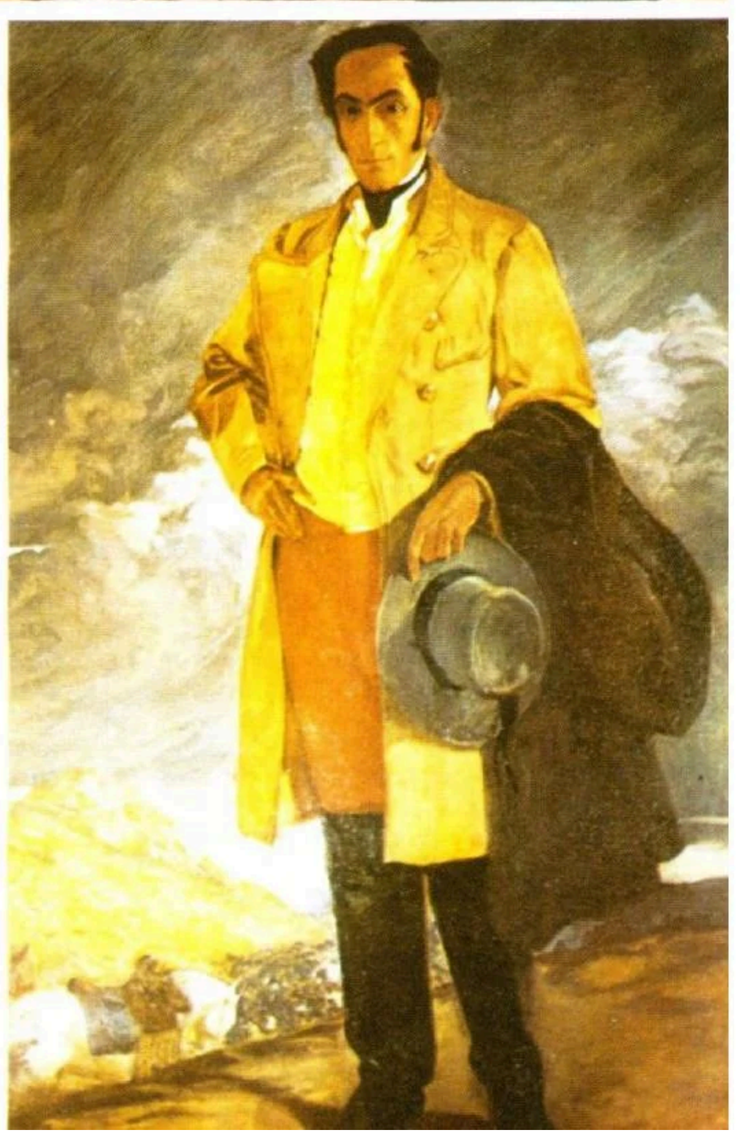
El juramento pronunciado en el Monte Aventino parece indicarlo así. Se compromete entonces a no dar descanso a su brazo *hasta que no haya roto las cadenas que nos oprimen por voluntad del poder español.*

Cuando el 5 de julio de 1811 el Congreso Constituyente declara en Caracas la independencia de Venezuela adoptando el sistema de gobierno federal y republicano, culmina una etapa en la que el joven Bolívar se había distingui-

Entrada de Bolívar en Quito (Ecuador)

Simón Bolívar hace entrega a Páez de una espada

Bolívar (por Tito Salas, Casa del Libertador, Caracas)



do por su decisión separatista desde la Sociedad Patriótica.

Este documento radical ilustra, precisamente, las influencias apuntadas más arriba. Junto a conceptos que remiten a la Constitución norteamericana y a la Declaración de los Derechos del Hombre de 1789, la presencia de las ideas que provenían del pensamiento escolástico español, desarrollado por Francisco Suárez, se encuentran en la restitución al pueblo de su soberanía, como desenlace de una transferencia de la monarquía operada en Bayona sin consentimiento de los gobernados.

En representación de la república venezolana, Simón Bolívar viajó a Londres en misión diplomática, acompañado por Andrés Bello y Luis López Méndez. Esta visita a Gran Bretaña contribuyó al conocimiento de un sistema político —cuyas referencias poseía a través de Montesquieu— que adquirirá gran importancia en su posterior construcción teórica del gobierno revolucionario.

La revolución: teoría y práctica

La Primera República venezolana fue muy pronto desbaratada por el empuje de las fuerzas realistas y sus dirigentes sometidos o dispersa-

dos. En su *Memoria dirigida a los ciudadanos de Nueva Granada por un caraqueño*, de 15 de diciembre de 1812, más conocida como *Manifiesto de Cartagena*, Simón Bolívar realiza la primera reflexión crítica sobre la marcha de los acontecimientos.

Los ataques dirigidos al sistema federal instaurado por la Constitución de 1811 son allí muy duros, y obedecen a una experiencia recogida durante el proceso revolucionario. Atribuye una parte sustancial del fracaso experimentado por la causa criolla a un régimen que se había demostrado *débil e ineficaz;* el desastre había llegado porque: *tuvimos filósofos por jefes, filantropía por legislación, dialéctica por táctica y sofistas por soldados.* Referencia directa a la crisis política interna y a la desunión consiguiente entre las fuerzas patriotas.

Bolívar recoge lecciones de la experiencia: admirador de los enciclopedistas, comienza, no obstante, a distinguir entre teoría y práctica revolucionaria y, en consecuencia, desarrolla sus ideas sobre el sistema de gobierno aplicable a la coyuntura histórica que vivía Venezuela.

No creía posible la adaptación de normas políticas de tal amplitud a grupos humanos tan heterogéneos en plena guerra con las tropas realistas: *¿Qué país del mundo* —escribía—, *por morigerado y republicano que sea, podrá, en medio de facciones intestinas y de una guerra exterior, regirse por un gobierno tan complicado y tan débil como el federal? No es posible conservarlo en el tumulto de los combates y de los partidos.*

El ejemplo de lo ocurrido en Venezuela debía servir, apuntaba Bolívar, para inducir a los gobiernos del resto del continente a conservar la unidad. En la concepción ideológica del Libertador, América será contemplada siempre como un proceso dialéctico; fragmentada cada región por la expansividad revolucionaria, debía articularse de nuevo centralizando sus gobiernos para consolidar el orden interno.

Muy pronto esta idea será trasladada al conjunto del proceso continental, convirtiéndose en una preocupación medular y constante en sus escritos, y confiere al pensamiento de Bolívar un nivel ideológico que trasciende su propia época.

La polémica entre centralistas y federalistas era localizable, por otra parte, a los largo de todo el continente hispanoamericano. En el caso venezolano se materializa en la oscilación política desde la Primera a la Segunda República, entre las cuales media un escaso margen de tiempo: la primera fue federal y la segunda centralistas, bajo la presión de Simón Bolívar.

Pero no fue suficiente este cambio de sistema en el gobierno para mantenerla en pie; se estaba desarrollando una guerra social en el interior de la lucha revolucionaria y poco más tarde las fuerzas realistas, aliadas con los *llaneros* conducidos por Boves, destruían también este edificio político.

Con el retorno de Fernando VII, en 1814, quedaba, a su vez, restaurado el absolutismo real y este hecho alejaba de las filas patriotas a aquellos que luchaban invocando la restitución del monarca español.

Cambios de rumbo

Desde Jamaica, Simón Bolívar dio prueba de su fortaleza de espíritu y también de su capacidad intelectual. No sólo pudo eludir los atentados contra su vida de que fue objeto en Kingston, sino también superar la secuela dejada por los reveses sufridos en la campaña militar e infundir nuevas fuerzas a los combatientes, delineando una estrategia para el futuro.

Los escritos publicados en la isla son numerosos, pero el que ha merecido mayor notoriedad es la *Contestación de un americano meridional a un caballero de esta isla*, y que ha pasado a la posteridad como *Carta de Jamaica*.

Es indudable que se trata de un documento dirigido a estimular el interés de Gran Bretaña por la causa independentista, y las referencias a la Constitución de aquel país, como telón de fondo, no dejan de ser sugestivas; pero también es un manifiesto destinado a las potencias europeas, dando a conocer la opinión del propio Bolívar sobre la revolución hispanoamericana.

Censura aquí, nuevamente, las divisiones en filas patriotas y traza un admirable cuadro de la situación existente en todos los focos de conflicto demostrando un amplio conocimiento de la realidad contemporánea en el continente americano. Pero se percibe también su extensa información de los problemas internacionales

No deja de señalar las consecuencias que para una Europa en equilibrio sobre la base de la Santa Alianza puede implicar el conflicto en la América española y reprocha a las naciones del Viejo Continente su desinterés por el proceso emancipador: *La Europa misma* —afirma—, *por miras de sana política debería haber preparado y ejecutado el proyecto de la independencia americana; no sólo porque el equilibrio del mundo así lo exige, sino también porque éste es el medio legítimo y seguro de adquirirse establecimientos ultramarinos y de comercio.*

Bolívar se ratifica en las ideas centralistas y la necesidad de un gobierno fuerte cuyo modelo sería la Constitución británica, aunque rechaza de ésta la monarquía. Finalmente, reitera su tema de la unidad continental. El mundo americano cobraría, con su unificación, importancia en el concierto universal:

Es una idea grandiosa pretender formar de todo el Nuevo Mundo una sola nación con un solo vínculo que ligue a sus partes entre sí y con el todo. Ya que tiene un origen, una lengua, unas costumbres y una religión, debería, por consiguiente, tener un solo gobierno que confederase los diferentes Estados que hayan de formarse. Mas no es posible, porque climas remotos, situaciones diversas, intereses opuestos, ca-

racteres desemejantes, dividen a la América. ¡Qué bello sería que el Istmo de Panamá fuese para nosotros lo que el de Corinto para los griegos!

A partir de 1815, el pensamiento político de Simón Bolívar desarrolla, a la vez, otras líneas teóricas. En primer lugar, persiste en subrayar la diferencia entre españoles y criollos, ya establecida en el decreto de la *guerra a muerte*.

En el discurso pronunciado en el Acto de Instalación de las Provincias Unidas, el mes de enero, en Bogotá, expresaba: *esta mitad del globo pertenece a quien Dios hizo nacer en su suelo*. Afirmación de una nacionalidad americana que anunciaba implícitamente el propósito de ampliar la base de la revolución.

En artículo escrito posteriormente durante su estancia en Jamaica, apunta, a través de un análisis de la situación social de Hispanoamérica, a diluir el problema planteado entre blancos y pardos en territorio venezolano.

En Haití recibe la ayuda del presidente Petion a la causa revolucionaria de Venezuela, lo que compromete a Bolívar en la liberación de los esclavos negros. A partir de entonces, la incorporación de los llaneros que seguían a José Antonio Páez y la formación de batallones con los esclavos emancipados provocan cambios fundamentales en la marcha de la guerra.

Bolívar había aumentado las filas del ejército patriota a partir de 1816, aunque su decreto de liberación de los esclavos despertaría resistencias en los hacendados criollos. En 1817, una legislación radical le permite confiscar las propiedades de los enemigos, y por decreto de octubre del mismo año dispone el reparto de los bienes nacionales entre militares del ejército republicano, medida que pretendía compensar a las masas populares que le seguían.

El Congreso de Angostura

Al comenzar el año 1819, Bolívar extendía su influencia sobre amplios sectores sociales, al tiempo que ejercía el mando unificado del ejército revolucionario desde su cuartel general instalado en Angostura, a orillas del río Orinoco.

Convocará, entonces, un Congreso constituyente que se abre con el discurso en el que deja expresada su fe en las ideas democráticas y republicanas. Pero al mismo tiempo afloran en sus palabras las dudas de un hombre que protagoniza un período revolucionario cuyas contradicciones no desconoce; es la incertidumbre que media entre el enunciado teórico doctrinario y las exigencias de una realidad inestable.

Su concepción de la historia fuerza una comparación —ya deslizada en la *Carta de Jamaica*— entre la fragmentación del Imperio romano y el desprendimiento de América del dominio español. No se trataba, como advierte, de situaciones homologables, sino tan sólo comparables.

Nosotros —apunta Simón Bolívar— *ni aún conservamos los vestigios de lo que fue en otro tiempo; no somos europeos, no somos indios, sino una especie media entre los aborígenes y los españoles. Americanos por nacimiento y europeos por derecho, nos hallamos en el conflicto de disputar a los naturales los títulos de posesión y de mantenernos en el país que nos vio nacer, contra la oposición de los invasores; así, nuestro caso es el más extraordinario y complicado.*

Como los hombres de la Revolución Francesa, el Libertador admiraba la Roma republicana y poseía la pasión de la historia. No dejaba, por tanto, de apoyarse en referencias a instituciones fundamentales de la antigüedad y a la *virtud* republicana.

Soldado de infantería del ejército de Sucre





Sucre, en la batalla de Ayacucho (9 de diciembre de 1824)

Venezuela debía establecer una república: *sus bases deben ser la soberanía del pueblo: la división de poderes, la libertad civil.* Y como el Montesquieu del *Espíritu de las Leyes* —a quien alude en pasajes de este discurso— inicia una descripción de las formas de gobierno conocidas a través de la historia de la humanidad.

Otras lecturas pueden seguirse en el discurso de Angostura. Están allí presentes Rousseau, Locke, las influencias jacobinas en la abolición de los privilegios; pero el elemento moderador, que le lleva a escoger el modelo de la Constitución británica, lo recibe de la teoría política elaborada por Montesquieu.

En la medida que la Constitución proyectada en Angostura es una construcción teórica donde se advierten los esfuerzos para impedir situaciones como las creadas en 1811, paga tributo a esos propósitos en la hipertrofia de los resultados.

Su inquietud por escapar a los extremos que tanto temía en política le obligaron a proponer cuatro poderes: poder ejecutivo, poder legislativo integrado por dos Cámaras (Representantes, electiva y Senado hereditario), poder judicial independiente y el *poder moral* que configuraba una suerte de cuerpo de censores. El Senado hereditario constituía el *poder moderador* entre las tentaciones de la tiranía y las acechanzas de la anarquía.

Sin duda, su objetivo era la estabilidad política y la solidez institucional; un ensayo que se ubicaba entre la monarquía —que no deseaba— y la república democrática, cuyas posibilidades de supervivencia consideraba todavía lejanas. El ejecutivo poseía atribuciones importantes, pero el poder legislativo era el más fortalecido en esta Constitución.

El Congreso constituyente transformó, al fin, el poder ejecutivo en electivo cada cuatro años, el Senado hereditario en vitalicio, y no aprobó el cuarto poder moral. Con ello, la Carta proyectada en Angostura se aproximó bastante a otros códigos del período promulgados por las oligarquías liberales.

La idea estaba destinada a ser aplicada a una República de Colombia todavía en gestación, que reuniría a Venezuela, Nueva Granada y Quito.

La Gran Colombia

Desde Angostura, Simón Bolívar inicia una fase de su campaña que le permite, en seis años, liberar extensos territorios, conduciendo su ejército a través de los Andes hasta las llanuras de Nueva Granada.

El período siguiente fue de gran importancia para los partidarios de la independencia ameri-



Simón Bolívar (por José Gil de Castro, Palacio Federal, Caracas)



cana, puesto que el continente se hallaba tan sólo parcialmente emancipado y la revolución afrontaba aún graves problemas internos.

Fernando VII, como es sabido, se aprestaba a enviar una fuerte expedición militar para restablecer su autoridad sobre las colonias, pero el primer día de enero de 1820 el regimiento acantonado en Cádiz se sublevó y el coronel Riego proclamó la vigencia de la Constitución de 1812. Por consiguiente, Morillo se encontró en la alternativa de verse obligado a firmar un armisticio con Bolívar y emprender el regreso a Europa.

El retorno español al liberalismo era, sin embargo, tardío para detener el movimiento independentista y pronto fue roto el armisticio, con significativos progresos para las fuerzas patriotas.

Cuando la Santa Alianza decidió acudir en auxilio de Fernando VII con sus fuerzas intervencionistas, la coyuntura internacional había adquirido nuevos sesgos. Los días de Napoleón habían quedado atrás y la alianza con España no era ya imprescindible para Gran Bretaña, que, por lo demás, veía con preocupación la presencia de una poderosa coalición en el continente.

La *Declaración de Monroe* anunció la decisión norteamericana de respaldar la independencia lograda por las nuevas repúblicas de Hispanoamérica, sin que los británicos evidenciaran el menor desagrado. La revolución, mientras tanto, progresa hacia el sur, y en 1824 el general Sucre marcaba, en la batalla de Ayacucho, el fin de la dominación española.

En el Congreso de Cúcuta, de 1821, nacía la Gran Colombia.

A partir de entonces, la obra de gobierno del Libertador se multiplica, atendiendo a los múltiples problemas que planteaba la construcción de los nuevos Estados. Una legislación que intenta sentar las bases del orden republicano en lo económico, social, administrativo y cultural, compone un cuerpo jurídico que es el mejor testimonio de esa actividad. En esa instancia, la redacción de la Constitución de Bolivia y la convocatoria del Congreso de Panamá configuran, sin duda, dos pilares en el desarrollo de su ideario como revolucionario y estadista.

En el pensamiento político de Simón Bolívar, la Constitución de Bolivia marca una nueva etapa: mientras en anteriores documentos aparece inclinado por un papel dominante del Senado, en éste favorece la presidencia del Gobierno. Asimismo propone la formación de tres Cámaras: tribunos, senadores y censores.

Al mismo tiempo, el cuerpo electoral quedaba muy reducido. Como la mayoría de las Constituciones hispanoamericanas de la época, excluía a quienes no sabían leer y escribir, a los que percibían jornales o salarios y a los considerados indeseables. El proyecto sustituía, en defini-

tiva, la dominación hispana por una república colocada bajo el control de la oligarquía nacional. La elección se realizaba a dos grados —sistema que existía en las Constituciones francesas de 1791, 1795 y 1799, y también en la Constitución promulgada en Cádiz, el año 1812.

Resultaba evidente que Bolívar desconfiaba de la estabilidad de un régimen sustentado en el sufragio universal; ya lo había expresado así en el *Manifiesto de Cartagena:* temía al desborde popular y a los efectos de la demagogia sobre las masas.

Existe una línea de pensamiento que se revela en Angostura con toda su intensidad y le hace proponer instituciones que imagina estables para posibilitar la permanencia del sistema republicano.

Se trataba de crear normas que pudieran ser aplicadas a Hispanoamérica independiente; por esta razón no teme a la reconsideración de sus propias ideas. Si en 1819, desde Angostura, trata de superar las consecuencias disgregadoras de la experiencia revolucionaria aplicando normas constitucionales fuertemente inspiradas en el modelo británico, en 1826 advierte que aquél se apoya en una tradición inexistente en América. Recurre, entonces, a la fórmula napoleónica, que fortalece la presidencia y que, después de todo, podía ofrecer ya un ejemplo de eficacia: la república de Haití.

La unidad continental

Desde la Carta de Jamaica, Simón Bolívar introduce en sus escritos sobre Hispanoamérica el tema de la unidad continental. No faltaron ocasiones para hacer conocer su pensamiento a los patriotas de otras regiones, como en la proclama que dirige desde Angostura en 1818 a los habitantes del Río de la Plata:

La República de Venezuela, aunque cubierta de luto, os ofrece su hermandad; y cuando cubierta de laureles haya extinguido los últimos tiranos que profanan su suelo, entonces os convidará a una sola sociedad, para que nuestra divisa sea Unidad *en la América Meridional.*

En 1824 dirigía una convocatoria a las repúblicas hispanoamericanas para que enviaran delegados al Congreso Anfictiónico que se realizaría en el Istmo de Panamá: *Después de quince años de sacrificios consagrados a la libertad de América* —expresaba—, *por obtener el sistema de garantías que, en paz y guerra, sea el escudo de nuestro nuevo destino, es tiempo ya de que los intereses que unen entre sí a las repúblicas americanas, antes colonias españolas, tengan una base fundamental que eternice, si es posible, la duración de esos Gobiernos.*

Bolívar no ocultaba su temor por las acechanzas que el futuro podía deparar a los nuevos Estados. El peligro que suponía la existencia de la Santa Alianza en Europa, la política ambigua practicada por Estados Unidos durante la guerra contra las fuerzas españolas, una *Declaración Monroe,* cuyas proyecciones futuras no ofrecían perspectivas favorables habida cuenta de las aspiraciones ya manifestadas hacia la isla de Cuba, y la actitud reticente de Gran Bretaña, urgían un acuerdo para la defensa común.

En carta al general Santander, Bolívar sostenía que era imprescindible establecer las bases para superar con éxito los primeros años de vida independiente, *pues tengo la idea de que nosotros podemos vivir siglos siempre que podamos llegar a la primera docena de años de nuestra niñez.*

Incluso una alianza con el Gobierno británico era conveniente, pues, mientras tanto, los distintos países de América crecerían, se convertirían en naciones con capacidad para desarrollarse por sí mismas. La propia Europa había resuelto unificarse en un congreso para superar dificultades. Pero, escribe Bolívar, *la Santa Alianza sostiene a los tronos, a los reyes; nosotros, a los pueblos, a las repúblicas.*

El Congreso de Panamá pudo reunirse por fin entre el 22 de junio y el 15 de julio de 1826. Concurrieron delegados por Colombia, Perú, México y América Central. Los representantes norteamericanos, invitados por Santander, no llegaron a tiempo, pero sí asistieron como observadores un delegado británico y otro holandés. Argentina, Chile, Bolivia y Brasil, aunque eran países invitados, decidieron no acudir.

El temario adelantado por Bolívar incluía una serie de puntos que procuraban alcanzar como fines: la paz entre los integrantes de la Liga, el desarrollo de los Estados y la anulación de las diferencias raciales o de clase, que se lograría por la *reforma social.*

Los resultados, sin embargo, no fueron muy alentadores. Se firmó un tratado de Unión, Liga y Confederación, y quedó concertado un pacto de cooperación militar ante la amenaza de un posible intento de reconquista española, o de intervención de la Santa Alianza.

Más tarde, sólo Colombia sancionó los documentos; el traslado de la sede del Congreso a la ciudad mexicana de Tacubaya marcaba el fin del intento impulsado por Bolívar. Incluso la Gran Colombia se disgregaba por causa de los intereses regionales.

Los problemas que afrontaba Bolívar eran inherentes a la situación revolucionaria que él mismo protagonizaba. Desplazar el régimen colonial e imponer uno sustitutivo, tratando de salvar las libertades republicanas, era una tarea de inmensas proyecciones; exigía capacidad teórica y conocimiento de la realidad.

Los esfuerzos que este hombre, educado en las ideas de la Ilustración, realiza para adaptar los modelos políticos existentes a la realidad hispanoamericana en transformación, revelan, al fin, un profundo sentido práctico, aunque sus planes no hayan cristalizado entonces. Es Bolívar quien lanza el primer manifiesto en favor de la unidad iberoamericana, y ese ideal sigue aún vigente.

La acción inútil

Por Antonio Caballero
Periodista

SALVO Karl Marx, que sin ambages —y prácticamente sin elementos de juicio— lo simplificó llamándolo *vil y miserable canalla* abanderado de los intereses de clase de la oligarquía caraqueña, los historiadores se han visto siempre embarazados por una dificultad dialéctica al analizar la figura de Simón Bolívar: cómo hacer encajar su etapa autocrática de 1828-29 y su tentación reaccionaria de establecer en América una casta de nobleza hereditaria y un modo de gobierno cuasi-monárquico, tentación cuajada en su Constitución para Bolivia de 1825, dentro de una vida de luchador por la libertad y de revolucionario popular.

¿Cómo pudo el libertador de cinco naciones convertirse en un mero *sable venezolano* y coquetear con la idea de coronarse emperador de los Andes? Los historiadores lo explican como pueden: negando una de las dos partes de la contradicción al azar de sus propias inclinaciones político-sentimentales *(Bolívar nunca fue reaccionario*, o *Bolívar nunca fue revolucionario)*; o bien echando mano de los argumentos de la lírica psicosomática: *el genio es una enfermedad*.

Pero la verdad es que toda la carrera deslumbrante, y toda la colosal obra fracasada de Simón Bolívar, se explican por esa contradicción, se alimentan de ella. Cómo mandar y ser libre a la vez; cómo ser libre sin mandar; cómo mandar sobre hombres libres; cómo hacer libres a hombres que no están preparados para la libertad, y probablemente ni siquiera la desean.

Todos los grandes documentos políticos bolivarianos (el *Manifiesto de Cartagena*, de 1812; la *Carta de Jamaica*, de 1815; el *Discurso de Angostura*, de 1919; el discurso ante el Congreso de Cúcuta, de 1821; el mensaje del Congreso Constituyente de Bolivia de 1825; la proclama asumiendo la dictadura en 1828, la última proclama, a una Gran Colombia ya en proceso de disolución, en 1830) están impregnados de esa contradictoria ambivalencia, a la cual él mismo no ve manera de escapar. Salvo en la retórica (una de las más emotivas y convincentes de toda la literatura política); o en la nostalgia de la muerte *(si mi muerte contribuye a que cesen los partidos y se consolide la unión, bajaré tranquilo al sepulcro...)*; o en la fuga *(Vámonos, de aquí nos echan*, deliraba en su agonía ante el doctor Reverend, en Santa Marta); o en el escepticismo radical. Escepticismo también contradictorio en un hombre cuya facultad dominante fue la voluntad: *Si se opone la naturaleza a nuestros designios, lucharemos contra la naturaleza y haremos que nos obedezca*, gritaba en 1812, en medio de las ruinas del terremoto de Caracas.

Un revolucionario sin ilusiones

Un mes antes de su muerte, camino del exilio, le escribía a su antiguo teniente el general Juan José Flores, que en esos mismos momentos se estaba alzando con la provincia de Quito para consumar el desmantelamiento de la Gran Colombia forjada por la voluntad de Bolívar. La carta es el resumen terrible de la vida de un hombre de acción que al final reconoce la inutilidad absoluta de la acción:



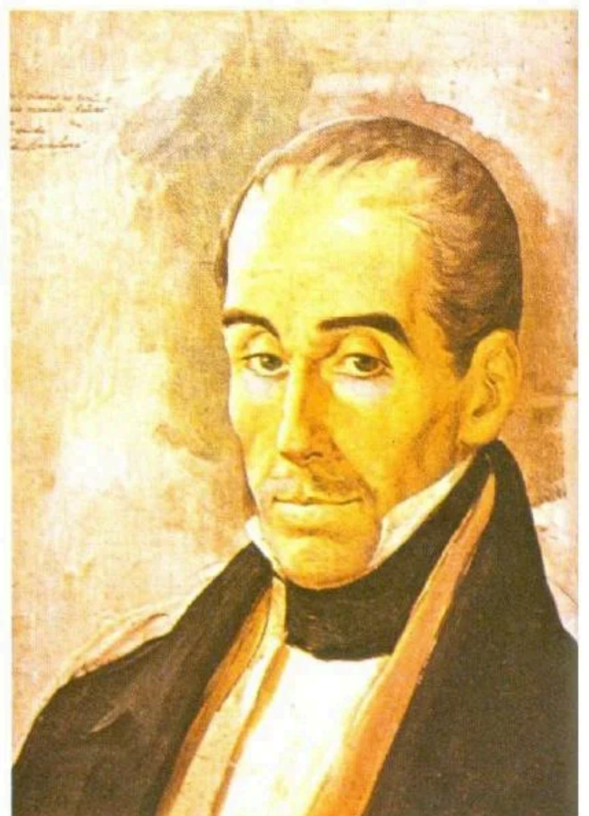
Mi querido general: Usted sabe que yo he mandado veinte años, y de ellos no he sacado más que pocos resultados ciertos: primero, la América es ingobernable para nosotros; segundo, el que sirve una revolución ara en el mar; tercero, la única cosa que se puede hacer en América es emigrar; cuarta, este país caerá infaliblemente en manos de la multitud desenfrenada para








Soldados españoles de ultramar, siglo XIX (arriba). *Plano de Cartagena de Indias a mediados del siglo XVIII* (izquierda). *Retrato de Bolívar en sus últimos días (por Arturo Michelena, Casa del Libertador, Caracas). Bolívar agasajado en Lima* (derecha)



después pasar a tiranuelos casi imperceptibles de todos los colores y razas; quinto, devorados por todos los crímenes y extinguidos por la ferocidad, los europeos no se dignarán conquistarnos; sexto, si fuera posible que una parte del mundo volviera al caos primitivo, éste sería el último período de la América.

El que sirve una revolución ara en el mar. Esta conclusión desencantada no lo es tanto si se mira que Bolívar lo había sabido así desde el principio, con certidumbre visionaria, y eso no le había impedido poner toda su vida y su energía al servicio de la revolución americana. Siempre fue un revolucionario sin ilusiones.

En su *Carta de Jamaica* de 1815, que es una reflexión desde la derrota y una resolución para la victoria (pues siempre que era derrotado, y lo fue docenas de veces, Bolívar sólo respondía con una decisión: triunfar), pinta el futuro de la América independiente con el más grande pesimismo: *¿Se puede concebir que un pueblo recientemente desencadenado se lance a la esfera de la libertad sin que, como a Icaro, se le deshagan las alas y recaiga en el abismo? Tal prodigio es inconcebible, nunca visto. Por consiguiente no hay raciocinio verosímil que nos halague con esta esperanza.*

Bolívar tuvo desde el primer momento a un tiempo la certeza de que iba a triunfar y la certeza de que su triunfo no serviría absolutamente para nada.

Esa fue la ambivalencia que durante toda su vida rigió sus actos y su pensamiento. Podía creer, con su maestro Rousseau, en la perfectibilidad de los hombres, y actuar en consecuencia: y a la vez ironizar sobre los *buenos visionarios* que *presuponen la perfectibilidad del linaje humano (Manifiesto de Cartagena, 1812)* y burlarse de los legisladores que pretenden *edificar sobre una base gótica un edificio griego al borde de un cráter* (carta al general Santander sobre las discusiones del Congreso de Cúcuta, en 1821), es decir, que pretenden construir la democracia en América: y actuar también en consecuencia.

De ahí que fuera simultáneamente un revolucionario social, que mediante su política de la Guerra a Muerte, de 1813, logró transformar en insurrección popular lo que era apenas fronda aristocrática, que dio la libertad a los esclavos negros, repartió los latifundios entre los soldados llaneros, abolió el discriminatorio sistema fiscal de la colonia española y eliminó en el Ejército los privilegios del dinero y de la sangre, y un legislador reaccionario, que estableció el voto censitario, promovió la creación de un senado hereditario, restableció los impuestos coloniales y jugó con la idea de coronarse emperador.

Osciló siempre entre sus deseos idealistas —*ver formar en América la más grande nación del mundo, menos por su extensión y riquezas que por su libertad y gloria (Carta de Jamaica)*— y sus convicciones conservadoras —*los que se han criado en la esclavitud, como hemos sido todos los americanos, no sabemos vivir con simples leyes y bajo la autoridad de los principios liberales* (carta al general Páez, 1827).

Libertador y liberticida

Esa contradicción ha perseguido a Bolívar después de muerto. Es posible mirarlo —como hacen Madariaga o Sañudo— contra el telón sombrío de los tres siglos de rencores creados por el imperio español en América. Y también al revés, en el escorzo de las luchas sociales y antiimperialistas del siglo XX.

Del pensamiento y del ejemplo políticos de





Balcón desde el que San Martín proclamó la independencia del Perú

Bolívar poco antes de su muerte (por Pedro José Figueroa)

Bolívar brotaron con igual naturalidad, durante el siglo XIX, los partidos conservadores y liberales, sin que hubiera en ello usurpación indebida de unos ni otros: en Bolívar están la nostalgia estratégica del trono y el recurso táctico del altar usados por los conservadores; y también la invocación al poder del pueblo, el anticlericalismo y la diatriba contra las oligarquías militares y terratenientes, arsenal del radicalismo liberal.

Están el autoritarismo cesarista y la afirmación de las libertades civiles, la tiranía y el sometimiento a la voluntad popular. Y no son contradicciones entre las palabras y los actos del Libertador, sino que esas contradicciones se encuentran tanto en las palabras como en los actos —del mismo modo que en el Libertador de 1819 se encuentra también el liberticida de 1828, y este *liberticida* actúa movido por los mismos impulsos de salud pública que le dictaron los decretos de la Guerra a Muerte contra los españoles en 1813.

Es el mismo hombre que, al año y medio apenas de haber asumido la dictadura, entrega sus poderes al *Congreso Admirable* de 1830 (el calificativo es de Bolívar; el Congreso era abrumadoramente antibolivariano) declarando: *Si un*

hombre fuere preciso para sostener un Estado, tal Estado no debería existir, y al fin no existiría.

Toda esa inextricable contradicción interna la resume dramáticamente el propio Bolívar en una frase de la proclama con que, en 1828, desconoce la Constitución de Cúcuta, de 1821, y asume la dictadura: *Compadezcámonos mútuamente del pueblo que obedece y del hombre que manda solo.*

Las contradicciones, sin embargo, no paran ahí. Porque la dictadura de Bolívar, apoyada con entusiasmo por la privilegiada casta militar (mayoritariamente venezolana) surgida de la Guerra de Independencia, iba, de hecho, dirigida contra ella y contra sus excesos. Pero provocó la reacción de los militares y civiles granadinos adversarios de esa casta, que se manifestó primero, en la conspiración del 25 de septiembre de 1828 contra la vida de Bolívar —a raíz de la cual fue desterrado el general Santander—, y a continuación en la sublevación de los generales José Hilario López y José María Obando en el sur de Colombia contra la dictadura.

Bolívar tuvo con ellos una entrevista en Pasto, según cuenta J. H. López en sus memorias, durante la cual intentó aclararles los malentendidos:

Bolívar, sentado en medio de Obando y de mí, y dándonos repetidos besos, nos decía con lágrimas en los ojos: Hijos míos, ustedes han obrado de buena fe si me han considerado tirano, porque este es el deber de un buen patriota, pero yo no soy el monstruo que han figurado mis enemigos (...). Mis pecados políticos consisten en que no he creído que la Constitución de Cúcuta, después de los acontecimientos de Venezuela, era aparente para conservar la unidad gloriosa de Colombia, reprimir los abusos, corregir los vicios de muchos de sus mandatarios, abrigados en la égida de esa misma Constitución que les prestaba la elasticidad suficiente para manejarla según convenía a sus intereses.

¿Pretenden ustedes que Páez, Sucre, Montilla, Urdaneta, Flores y otros de nuestros generales hayan de permanecer contentos con sólo las prefecturas o comandancias generales? ¿Creen ustedes que esos corifeos del Ejército no intentan dividir a Colombia y distribuirse la presa, aun antes de mi muerte, y distribuírsela después encarnizadamente, envolviendo así al país en una discordia perpetua y entregándolo en manos de la anarquía? (...).

Ruego a ustedes por la Patria me presten toda su colaboración para constituir a Colombia y no intenten despopularizarme y humillarme más, pues el resultado sería la completa ruina del país, porque no veo otro hombre capaz de refrenar la ambición y reprimir los excesos de muchos de nuestros generales.

¡Ojalá esta República y este Ejército no necesiten de mí, que en ese caso, yo me desterraría espontáneamente por no tener el dolor de oírme apellidar tirano, y quitar a mis adversarios ese pretexto de discordia!

Entre 1813 y 1830, veinte veces tuvo Bolívar el poder, y veinte veces renunció a él entre elocuentes manifestaciones de alivio. *¡Ya respiro devolviéndoos esa autoridad!*, exclamaba en 1819 ante el Congreso de Angostura. *Un hombre como yo es un hombre peligroso en un gobierno popular: es una amenaza inmediata para la soberanía nacional*, advertía en 1821 ante el Congreso de Cúcuta; y añadía: *Yo quiero ser ciudadano para ser libre y para que todos lo sean.* Y en 1830 aseguraba ante el Congreso Admirable: *La República sucumbiría si os obstinaseis en que yo la mandara.* Y sin embargo, otras veinte veces reclamó, casi de inmediato, el mando supremo y, salvo en 1830, lo obtuvo.

El hombre de las dificultades

Hubiera podido haber dicho del poder lo que Mark Twain decía del tabaco: *Dejarlo es facilísimo: yo lo he hecho infinidad de veces.* Pero no se trataba de hipocresía, sino de un sincero desgarramiento entre el ansia de libertad y el convencimiento de que un pueblo nacido esclavo no es capaz de ser libre. Más aún: de una doble convicción antinómica: que todo gobierno es malo, pero la libertad es indigesta.

Decía en Angostura: *Nuestros débiles conciudadanos tendrán que enrobustecer su espíritu mucho antes que logren digerir el saludable nutritivo de la libertad.* Y añadía: *Casi toda la tierra ha sido, y aún es, víctima de sus Gobiernos. Observaréis muchos sistemas de manejar hombres, mas todos para oprimirlos.* Y no hay que olvidar que estas reflexiones las hacía un hombre que, nutrido de las ideas de los Enciclopedistas, había visto el derrumbe aparatoso de la Revolución Francesa entre mares de sangre, dando paso al imperio napoleónico y el Congreso de Viena.

Es por haber vivido esa contradicción que Bolívar se definió a sí mismo, en carta a Santander, como *el hombre de las dificultades*. No las que le oponían los hombres ni la naturaleza —a la cual supo derrotar toda su vida, tal como había anunciado en el terremoto de Caracas—, sino las que se creaba él mismo: la contradicción entre su deseo de revolución y de libertad y su certidumbre de que ellas conducían inevitablemente al caos y la tiranía.

Todos los vaticinios pesimistas de Bolívar en su carta al general Flores se cumplieron: no quedó nada de su acción de veinte años. Sus países se los repartieron entre los generales. Sus bienes, una mina de plata en Venezuela, fueron a parar a manos de una compañía inglesa. Sus sueños de alianza panamericana se los apropió ese *Ministerio de Colonias* de los Estados Unidos que se llama la OEA. Su corazón, que había legado a la ciudad de Caracas, se lo comió un gato. Su espada, que se guardaba en un museo de Bogotá, se la robaron unos guerrilleros hace diez años. También ellos creían en la utilidad de la acción, y estaban resueltos a completar, ellos sí, la fracasada empresa de la libertad de América.

La nueva sociedad venezolana

Por Alcides Beretta Curi
Historiador. Universidad de Montevideo

LAS costas venezolanas figuraron entre las primeras en ser exploradas; y la provincia fue escenario de la rapacidad del capitalismo naciente al convertirse en campo de explotación de los banqueros de Carlos V, los Welzer. Los procedimientos escandalosos y deshumanizados aplicados por los alemanes pusieron fin a la concesión, y el territorio, con sus atrasados pueblos indígenas, se hundió nuevamente en el anonimato. Marginado de las grandes preocupaciones metalíferas de los Austrias, realizó un vertiginoso progreso bajo la dinastía de los Borbones, sensiblemente en la segunda mitad del siglo XVIII.

Esta prosperidad radicó en la demanda metropolitana de cacao, producto típico de la región.

La producción, respondiendo a estímulos externos, consolidó la situación de los plantadores de la colonia, en un sistema de explotación que asociaba la gran propiedad, la mano de obra esclava y el monocultivo.

La formación de compañías monopolistas —que favorecían la acumulación del capital metropolitano— significó la sujeción de los productores a la Compañía Guipuzcoana, creada en 1728.

Si bien es cierto que la exportación aumentó —en 1704 se exportaban 8.000 fanegas, y sesenta años más tarde, 305.000—, los productores quedaron atados a un solo comprador, que fijó precios, cuotas de producción y que, a través de una severa fiscalización, impedía todo canal de comercialización competitivo.

Para 1769 el precio del cacao se había más que duplicado en el mercado internacional. El aumento de producción y de precios benefició a los *grandes cacaos* —nombre que se daba a los terratenientes de la costa—, pero hizo más evidentes y aprobiosas las condiciones impuestas por el régimen colonial-monopolista.

En la costa se consolidó una aristocracia terrateniente que mantuvo subordinados, cuando no absorbió, a los pequeños propietarios, endeudados con ellos y asfixiados por el monopolio.

Sobre el Orinoco se extiende una amplia llanura: la sabana, con su régimen de estaciones, pastos y sequías. En ella avanzó una economía del vacuno con características muy particulares.

Es, en primer lugar, un territorio *abierto*, es decir, no ha concluido allí el proceso de apropiación de tierras y ganados en el momento en que se inicia la guerra de independencia.

En segundo lugar, allí se registra una aguda lucha por la tierra entre los mestizos de los llanos y la rica oligarquía de la costa.

En tercer lugar, las condiciones indispensables para acceder a la tierra —poseer dinero, vinculaciones, etcétera— no posibilitan a todos, y determinan por marginamiento una clase semi-nómada, salvaje y libre, el *llanero*. Estas tres características asimilan bastante esta área con el Plata y su poblador típico, el *gaucho*.

Aun cuando las haciendas del bovino lograron hacer figurar su rubro —el cuero— en las tablas de exportaciones, ni de lejos compitieron con el caso.

Una sociedad esclavista

La sociedad venezolana vegetó durante mucho tiempo en condiciones miserables, a tal punto que se cita como ilustrativo el hecho de que a la muerte del rey Carlos II las mujeres de Caracas no pudieron llevar luto por no haber telas negras en el país ni disponer sus pobladores de dinero para adquirirlas.

Fue la explotación del cacao la que benefició a la colonia, pero al mismo tiempo aceleró el proceso de desigualdad social.

La población blanca, con sus 212.000 miembros, representaba apenas el 25 por 100 del total, sin ofrecer uniformidad alguna. Los peninsulares, unos 12.000, monopolizaban las actividades mercantiles, el crédito y la reducida administración colonial.

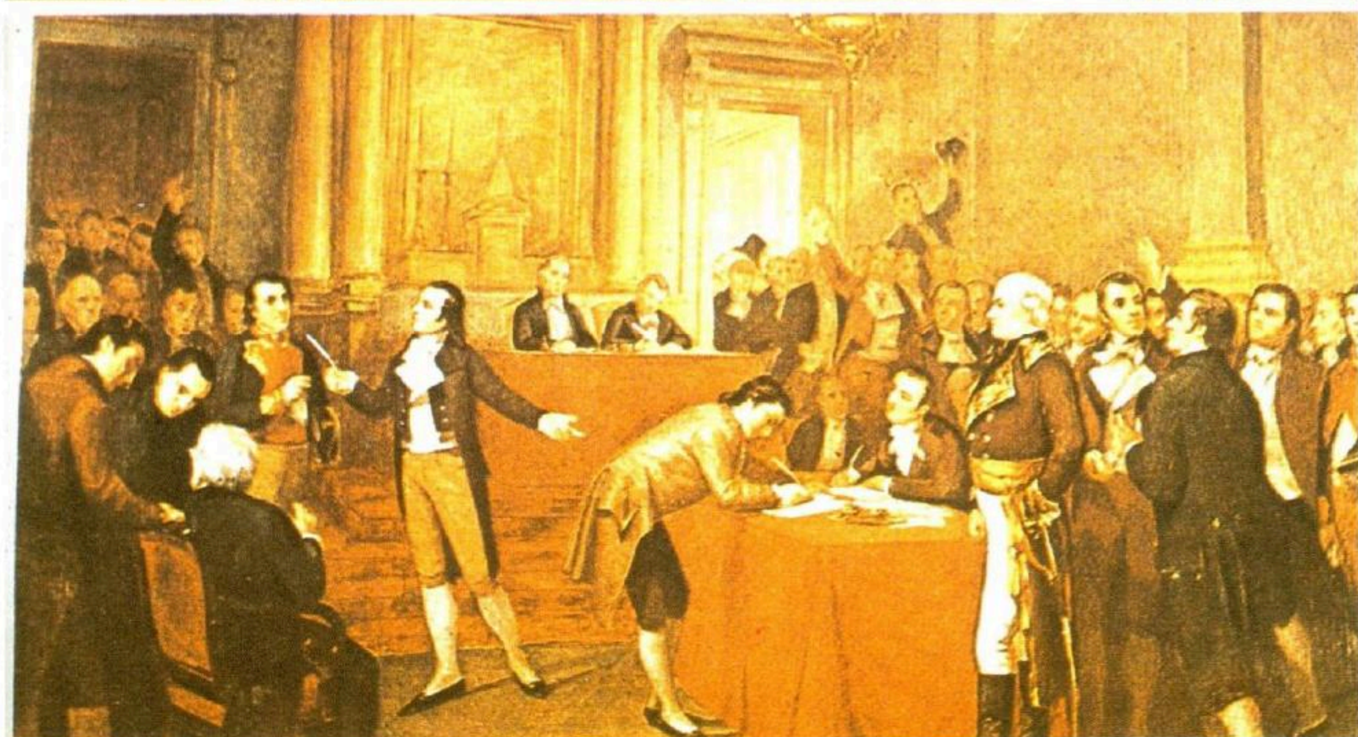
Con ellos rivalizaba una masa criolla escindida en clases antagónicas: propietarios medios y pequeños, latifundistas, asalariados. Del conjunto sobresalía una rica aristocracia terrateniente, los *grandes cacaos* o *mantuanos*.

Enriquecidos en medio siglo apenas, invirtieron sus fortunas en fincas y títulos de nobleza, y enviaron a sus hijos a estudiar a Europa. Orgullosos de su *calidad*, cerraron con el prejuicio de raza y de clase el ascenso de otros grupos. Menospreciaban al resto de la población y se irritaban del dominio colonial que les postergaba y no les permitía satisfacer plenamente sus aspiraciones.

Los esclavos, unos 62.000, representaban el 8 por 100 de la población. Su proporción es menor que en otras áreas esclavistas, pero debe tenerse en cuenta lo tardío del desarrollo económico de Venezuela. Se concentraron en la estrecha faja costera del cacao, donde las haciendas llegaron a disponer de 1.000 y más esclavos. Su situación jurídica inferior y el trato recibido les predispuso a sublevaciones, siendo especialmente sensibles a las agitaciones y revoluciones negras del Caribe, como la haitiana.

Mestizos, pardos y gentes de color libres representaban algo más del 50 por 100 de la población —406.000 personas—; habitantes de los llanos, en su mayoría constituían un elemento social indómito y rebelde. Marginados en el pro-





Páez jura como jefe civil y militar de Venezuela (arriba). *Firma del Acta de la Independencia de Venezuela, presidida por Miranda, 5 de julio de 1811* (abajo)

ceso de formación de la propiedad en el Orinoco, no quisieron limitarse a la condición de peón. En una región donde la colonización había penetrado mal y sin autoridades que hicieran sentir su poder, se movieron libremente.

La sociedad colonial venezolana se vio sacudida numerosas veces por rebeliones en el correr del siglo XVIII. Y no fueron solamente las clases oprimidas —como los esclavos negros, en Coro— quienes se pronunciaron; también la aristocracia caraqueña inició movimientos contra los abusos de la Compañía Guipuzcoana desde 1749.

Los antagonismos sociales nacidos y alimentados en la historia colonial se vieron incrementados con los sucesos metropolitanos de 1808. Probablemente, en la historia de la independencia hispanoamericana no se hayan registrado simultáneamente conflictos de clase tan claros como se vieron en Venezuela: al enfrentamiento entre criollos y españoles se sumó, con igual intensidad, el registrado entre criollos y clases populares.

Cuando el 19 de abril de 1810 quedó constituida una junta en Caracas, nadie se llamó a engaño: la Junta era expresión de la poderosa clase de los terratenientes.

Ni los realistas podían creer en la sinceridad

de la proclamada *lealtad* a Fernando VII, el rey prisionero; ni los sectores populares podían esperar algo de ese organismo que proponía el fin de todo abuso y tiranía. ¿O acaso los ricos propietarios de esclavos que formaban número como vocales de la Suprema de Caracas estaban dispuestos a prescindir graciosamente de los esclavos que trabajaban para ellos? ¿Y podía la gente de los llanos, que durante décadas vio disputado su suelo por la ambición de los ricos hacendados que ahora desde el nuevo Gobierno hacían nuevas leyes, esperar que aquellos renunciaran a sus intereses?

En Caracas, la revolución nacía *sola*. El carácter policlasista que se aprecia en otras áreas como el Plata les es totalmente ajeno. Obra de una rica minoría que se mantuvo en el estrecho programa de *su* clase, la revolución estaba condenada a morir.

Clara expresión de esta situación sin salida es el resultado de las dos primeras etapas del proceso revolucionario —1810 a 1812 y 1812 a 1815—, en que la nueva oligarquía criolla se vio totalmente aislada y fue fácil presa de los ejércitos realistas y de la ira de las clases populares.

Simón Bolívar, hijo de esa rica y prejuiciada aristocracia, discípulo de un ilustrado y comprometido moralmente por su maestro a liberar su tierra del dominio colonial, lograría, tras dolorosas experiencias, advertir la verdadera causa de los desastres revolucionarios.

Derrotado en Venezuela una y dos veces, y fracasado tras la instancia extrema que fue la *guerra a muerte*, se refugia en Haití.

Su paso por la isla, más que por la ayuda recibida del presidente Petion, es significativo y decisivo, al *abrirlo* a una dimensión desconocida de la revolución: fue la imagen de una república patriarcal y pacífica socialmente la que ganó al Libertador.

Si la poderosa oligarquía caraqueña miraba con horror la movilización y violencia de las mesas que había desencadenado su curial revolución de abril de 1810, no hacía más que meterse en un callejón sin salida; una guerra sin cuartel y sin concesiones era producto de una ceguera de clase que se negaba a admitir que el pueblo estaba en las filas realistas y que sin él todo esfuerzo estaba destinado al fracaso.

Y fue Bolívar, como hombre lúcido, quien advirtió justamente que la guerra de independencia había devenido *guerra social*: la oposición entre españoles y americanos había sido superada por la que oponía a las clases desposeídas y marginadas con la oligarquía criolla y revolucionaria.

Primera etapa: 1810-1815

Desde sus primeros pasos, el nuevo Gobierno constituido en Venezuela hizo evidente que la revolución era obra de los *mantuanos*.

Si el régimen de hacienda se hallaba consolidado en la costa del cacao, sin discutir los derechos sobre la tierra y explotando la mano de obra esclava, muy diferente era el panorama en la región de los llanos interiores.



Al iniciarse la emancipación no había concluido allí el proceso de apropiación de las tierras. La propiedad privada se veía día a día cuestionada y desconocida por las masas de pardos —descalificados *jurídicamente*—, que recurrían al saqueo aprovechándose de la falta efectiva de autoridad y de un amplio territorio, aún tierra de nadie, que abriéndose hacia la frontera encubría las actividades de bandidaje.

Con la revolución, el peso de la clase terrateniente criolla se hizo decisivo y se manifestaría especialmente a través del proyecto de ofrecer garantías jurídicas y reales a la propiedad privada. En el año 1811, el Congreso aprobaba una Ordenanza de Llanos de la Provincia de Caracas, reveladora en este sentido.

Entre las disposiciones más importantes figuran el restablecimiento y mantenimiento del orden en los Llanos a cargo de *cuadrillas* encargadas de perseguir ladrones y *observar* a los vagos.

Otro de los objetivos de esta Ordenanza fue reducir a la masa seminómada de los llaneros, reputados desde la colonia como *vagos*, a la condición de peones. Los artículos no ofrecen alternativa: pretenden no sólo garantizar a los hacendados el tranquilo goce y explotación de sus haciendas, sino también ofrecerles y asegurarles la mano de obra que les falta.

A tal fin, hacendados y mayorales, al presentar las marcas de sus ganados, deberán hacer ante el juez una relación de todas las personas libres que trabajan en su hacienda. El funcionario inscribirá en un libro el *nombre de cada una de aquéllas, su patria, calidad, edad, estado y ofi-*

Simón Bolívar (anónimo, Quinta de Bolívar, Bogotá)



Junta de Caracas (14 de abril de 1810)

cio; el hacendado que no cumpla con esta exigencia será multado con 50 pesos.

En lo sucesivo ningún hacendado emplearía peón libre que no pudiera presentar, por no tenerlo, un documento despachado gratuitamente por el juez, donde constaran sus datos personales, el lugar donde había trabajado anteriormente y las condiciones satisfactorias o no de su cumplimiento.

De esta manera se hacía indispensable disponer de una *papeleta de conchabo* o de *identificación y trabajo* para ingresar como peón de hacienda, y para transitar por la campaña, bajo pena de multas, azotes y de prisión.

La Ordenanza de Llanos comprende en la vagancia a los que carecen de tierras o de *trabajo honesto* —que en las condiciones de los Llanos no podía ser otra que la de peón—, al disponer:

Toda persona que viva en cualquier parte de los Llanos, sea adentro o fuera de poblado, deberá tener oficio honesto y recogido de que mantenerse y que le redima de la nota de vago; pena de que, encontrándose sin aplicación alguna, será juzgado de tal, y por la primera vez, a fin de hacerlo útil, entregado a un dueño de hato o mayordomo que lo sujete y haga servir en él, por el espacio que considere prudente, según el uso común de dichos Llanos; y por la segunda vez será condenado a presidio por un año (1).

En su extenso articulado, el documento adopta medidas contra la comercialización de productos ganaderos resultantes de faenas clandestinas y de robos; reprime duramente el robo —hasta con pena de muerte— y toda lesión al derecho de propiedad.

Documentos como esta Ordenanza de Llanos y las prácticas para hacer realidad sus disposiciones son esclarecedores sobre la *libertad* que prometía la revolución a las masas. En ella no podían encontrar sitio ni los negros esclavos, ni los pardos de los Llanos. La rápida desintegración del frente revolucionario y el rotundo fracaso, que culminaría en capitulación ante los realistas, no eran más que el preámbulo de la *guerra social* que se desataría inmediatamente.

Cuando el asturiano José Boves —ignorante, cruel y fanático—, tras levantar el lema *¡Viva el rey Fernando VII! ¡Tierra para los llaneros!*, arrastró a una guerra de clases a los oprimidos, no hacía más que decantar un proceso latente en la colonia y precipitado después de 1810.

Pero Boves no fue un redistribuidor de la tierra; se mantuvo tan sólo en las prácticas depredatorias y en las confiscaciones contra los enemigos. Las masas no vieron satisfechas socialmente sus vagas aspiraciones, y sólo evacuaron un odio de clases, que a través de la antinomia realistas-revolucionarios era también de signo reaccionario.

La guerra social, llevada al extremo de *guerra a muerte*, sumió a la ex Capitanía de Venezuela en un escenario de violencia y destrucción no registrado en toda la historia de la emancipación americana. En estas condiciones, Bolívar, nuevamente derrotado, se refugia en Haití y conoce otra experiencia social en una guerra de independencia. De ella extraerá una lección que, aplicada a la nueva fase de la liberación de Venezuela, culminará con éxito.

Nueva fase

Desde el fin trágico de la primera revolución venezolana, pareció que sus destinos quedarían indisolublemente ligados a los de Nueva Granada. Al iniciarse la nueva campaña quedaron uni-

dos los territorios que desde el Orinoco alcanzaban la costa del Pacífico, bajo el nombre de Gran Colombia.

Ligados por la empresa militar, pero divididos por accidentes naturales y por el choque de intereses regionales y sociales. En este panorama, la amenaza latente de la guerra social anegaría los esfuerzos militares, coronados por una secuencia de triunfos.

Bolívar, que había comprendido la importancia del equilibrio social para garantizar la paz política, había adoptado desde el inicio de la tercera campaña un conjunto de medidas que constituyeron el *nuevo programa* de la revolución.

Los decretos de libertad a los esclavos privaron a los realistas de las masas de color de la costa, que habían militado en la década anterior en sus filas.

Pero aún quedaba un problema para resolver: el agrario. Y, como empresa, no era fácil, pues suponía disponer de tierras para repartir y del tiempo suficiente para verificarlo.

Ganar tiempo era llevar *el odio, la venganza, la guerra* a la frontera, combatiendo a los realistas; descongestionar los territorios liberados y ocupar a los hombres —a los que habían hasta ahora desatado la guerra social— en una guerra de independencia.

Ya en 1815 el Libertador concibió una campaña que, cruzando los Andes, liberara los territorios sometidos hasta el Perú: se le presentaba como la única salida para salvar a Venezuela y, en última instancia, a su clase, la de los mantuanos.

Sin tensiones sociales internas era posible organizar la distribución de tierras para el retorno de los ejércitos y consolidar una sociedad donde los conflictos de clase se vieran distendidos.

El carácter extremadamente violento que había alcanzado la revolución —la guerra a muerte— permitía, sin contradicciones internas, proceder a la confiscación lisa y llana de los bienes de los enemigos; éstos, declarados *bienes nacionales*, serían repartidos entre los soldados, es decir, entre las inquietas masas de negros y pardos, ganados ahora para la revolución, pero no definitivamente aquietados.

Aquí encontró Bolívar los mayores escollos entre los hombres de su clase, que habían resistido las medidas abolicionistas primero y las leyes de tierras ahora. Estrecha de miras, la aristocracia terrateniente y criolla se negaba a admitir que *ganar* a los desposeídos era un hecho circunstancial y reversible si no era consolidado en otro plano.

Leyes agrarias

En el año 1817, Bolívar dio a conocer varias medidas que configuran un programa agrario.

El decreto del 3 de septiembre disponía que todos los bienes y propiedades —créditos, títulos, derechos y acciones— muebles e inmuebles de los enemigos de la revolución (art. 4) serían confiscados y pasarían a manos del Estado, poniéndose en administración, arriendo o depósito, según su naturaleza (art. 1).

No se comprendían los bienes dotales de la mujer ni una tercera parte de los del hombre, a efectos de repartirlos en partes iguales entre las hijas solteras y los hijos menores de catorce años (art. 2) —la medida no hacía extensivo el castigo a los descendientes, y buscaba reducir las bases de apoyo del realismo, al dividirlo—; se comprendían en el fondo los bienes de los padres capuchinos y demás misioneros (art. 5), así como los del Gobierno español (art. 6).

Los bienes secuestrados y confiscados por el Gobierno español a los patriotas serían embargados y administrados por el Estado hasta que sus legítimos dueños los reclamaran (art. 7) (2).

El 10 de octubre de 1817, Bolívar sancionaba el decreto sobre *Adjudicación de bienes a los soldados de la Patria*, en cuyo considerando se leía:

Que el primer deber del Gobierno es recompensar los servicios de los virtuosos defensores de la República, que sacrificando generosamente sus vidas y propiedades por la libertad y la felicidad de la Patria han sostenido y sostienen la desastrosa guerra de la independencia sin que ni ellos ni sus familiares tengan los medios de subsistencia; y considerando que existen en el territorio ocupado por las armas de la República, y en el que vamos a liberar, poseído hoy por los enemigos, multitud de propiedades de españoles y americanos realistas, que conforme al decreto y reglamento publicado en 3 de septiembre del presente año...

La ley procedía a su distribución entre los jefes, oficiales y soldados de la patria (art. 1); considerando *los grados obtenidos en las campañas una prueba incontestable de los diferentes servicios hechos por cada uno de los individuos del Ejército*, los bienes se repartirían de acuerdo a un escalafón, que del general en jefe (25.000 pesos) llegaba al soldado (500 pesos) (art. 2).

Si el valor de los bienes partibles no fuera suficiente, el Gobierno supliría la falta con otros bienes nacionales (art. 4); correspondería a una Comisión designada por el Gobierno la aplicación de estas disposiciones (art. 8) (3).

En la reglamentación de este decreto del 1 de noviembre se establece que la Comisión, además de hacer un inventario de los bienes partibles y su valor (art. 1), atenderá en las adjudicaciones: a) los servicios y méritos de cada soldado; b) sus necesidades; c) el número y situación de su familia; entendiéndose que esta situación influirá en cuanto al orden de preferencia, la especie de la propiedad y el lugar del terreno adjudicado (art. 2).

Teniendo en cuenta la situación particular de cada soldado, la Comisión podía otorgar provisionalmente hasta algo más de la mitad del valor asignado (art. 3) —no se adjudicaba por el total, pues se desconocía el valor de los bienes—;

Monumento a Bolívar en la hacienda de San Pedro Alejandrino, Santa Marta (Colombia). Lápida conmemorativa en la catedral de Santa Marta, donde fue enterrado Bolívar. Hacienda de San Pedro Alejandrino, donde Bolívar pasó sus últimos días (abajo, derecha)





las asignaciones se harían por divisiones, brigadas y batallones, conforme a las órdenes de Bolívar (art. 8) (4).

Por la ley de enero de 1820, el Congreso introdujo algunas modificaciones: las asignaciones se otorgarían a los que sirvieron en la campaña de 1816 hasta la instalación del Congreso, en febrero de 1819 (art. 3); pero se concedía una prórroga de cuatro meses para los extranjeros que hubieran servido bajo la bandera de la Patria (art. 4).

Las viudas de los que hubieran muerto sin cobrar sus haberes tenían derecho a la mitad, correspondiendo el resto a los demás herederos (art. 5); el pago se haría en vales del Tesoro Público, por su totalidad a la tropa y por mitades a la oficialidad; su valor sería reconocido nominalmente por las almonedas de bienes nacionales (art. 10) (5).

Por medio de estas disposiciones, Bolívar había buscado un objetivo: liquidar una desigualdad tan ostentosa que amenazaba desgarrar a la sociedad; satisfecho —y demasiado optimista—, podía afirmar en la proclama de 17 de octubre de 1817:

¿Nuestras armas no han roto las cadenas de los esclavos?

¿La odiosa diferencia de clases y de colores no ha sido abolida para siempre? ¿Los bienes nacionales no han sido repartidos entre vosotros? (6).

Pero las raíces del mal seguían presentes. Primeramente, porque la Comisión encargada de la administración y adjudicación de los bienes nacionales no actuó con diligencia, y todavía hasta 1830 los diarios se hacían eco de las protestas de los soldados que reclamaban sus haberes. Uno de esos servidores de la Patria manifestaba en *El Colombiano:*

(...) Apenas puede creerse que el Gobierno Supremo, o la Comisión Principal, quiera jugar de este modo con nuestros más caros intereses como son los padres y maridos, o permitir que tan sagradas pretensiones se conviertan en polvo en sus archivos durante tantos años por falta de la simple formalidad de refrendarlas (7).

Por otra parte, la ley aprobada por el Congreso introdujo una novedad que liquidaría el programa agrario de Bolívar antes de su aplicación: el pago de los servicios provisionalmente por *vales.* Como los soldados no recibían tierras, pero tampoco dinero, debían atender sus necesidades y las de sus familias desprendiéndose de dichos vales por lo que fuera.

Era posible esperar semanas, y aun meses, pero no años. De esta manera, los especuladores adquirían por nada estos papeles, y cuando llegó el momento de la participación y reparto de los bienes fueron los que acapararon las tierras.

En el juego entraron comerciantes y usureros, pero también los jefes de Divisiones adquirieron los papeles de sus soldados. El llanero Páez se

Boves y Morales

La conmoción que sufrió la sociedad colonial desde los acontecimientos metropolitanos de 1808 sacó del anonimato a muchos hombres, promoviéndolos al primer plano del acontecer histórico.

En el movimiento *popular* y *realista* que sacudió los llanos del Orinoco, y que mantuvo en jaque a la revolución *patricia* y *oligárquica,* destacan los nombres de Francisco Tomás Morales y, en especial, el de José Tomás Boves. Al mencionarlos se producía la deserción en las filas revolucionarias.

José Tomás Boves, asturiano de origen humilde, buscó como tantos otros mejor destino en América. En Venezuela desempeñó las funciones de sargento de Marina y de guardacostas. Mas no satisfecho, quizá, con estos trabajos, se hizo buhonero y contrabandista.

Los sucesos de abril de 1810 en Caracas no permiten la neutralidad y Boves se pone al servicio del monarca. Su arrojo le permite ascender a capitán de Milicias.

Poco después convierte los Llanos en escenario de su acción, organizando a la población semisalvaje de pardos y mestizos en *legión infernal.* Cual Atila americano, su nombre provoca pavor.

Desde su cuartel general en Calabozo, monta rápidas correrías asociadas a la muerte y al saqueo. Sus operaciones militares siempre son triunfales.

Obliga a Bolívar a levantar el sitio de Puerto Cabello y le derrota en Barquisimeto. La victoria de La Puerta sobre las fuerzas del Libertador le abren las puertas de Caracas. Toma Valencia y obliga a los patriotas a encerrarse en Maturín...

Su cadena de victorias se interrumpe al hallar la muerte en el combate de Arica, el 5 de diciembre de 1814.

Francisco Tomás Morales, de origen canario y perteneciente a los estratos sociales más modestos, abandonó su trabajo de salitrero para servir como soldado en Venezuela.

Pasó de cabo primero (1820) a mariscal de campo (1821), primero a las órdenes de Boves y luego independizándose de éste. Ganó fama de valeroso, cruel y avaro.

Encargado en 1822 del mando supremo en la Capitanía, inició su reconquista, pero, falto de ayuda metropolitana, debió capitular. Derrotadas las fuerzas realistas, pasó a Cuba. Murió en 1844 en Canarias.

Crueldad, crimen, avaricia, bajas pasiones, sadismo... son términos asociados a Boves y Morales. No es difícil adivinar tras ellos el odio de la lucha de clases, el desprecio de la poderosa oligarquía criolla-caraqueña a los hombres de color, sin apellido ni pureza de sangre. El odio del propietario, del rico hacendado, ante el absoluto desconocimiento de la propiedad y sus derechos.

Por lo demás, las filas revolucionarias no estuvieron exentas de dureza frente al enemigo y el decreto de *Guerra a Muerte* de Bolívar no hacía más que *legalizar* una práctica incontenible y tan vieja como la misma revolución.



Las tropas de Bolívar derrotadas por Boves

convirtió en poderoso latifundista a expensas de los hombres de su ejército (8).

Al respecto se lee en el *Indicador del Orinoco:*

¡Qué dolor! Sacrificar, por ejemplo, un soldado su haber de quinientos pesos por lo que le dan con motivo que no halla que acusar y pasados algunos días ve ya en posesión de una finca del Estado y por cuenta de su mismo haber al que se lo negoció. Es verdad que este es negocio, y el que es tonto en sus negocios sufre el fruto de su simpleza. Pero los agentes del Gobierno, o más claro las Comisiones de repartición, deberían ser más liberales y tener más interés por los verdaderos servidores de la Patria, manifestándoles con la declaratoria de su haber una relación de los bienes existentes confiscados o por confiscar para que acusasen lo que quisiesen en pago... (9).

El programa de Bolívar se desmoronaba, y en carta del 30 de mayo de 1820 comentaba con cierta preocupación:

La ley de repartición de bienes es para toda Colombia y ahora, bien y mal, es para todos. Mas han hecho cierta reforma en la ley, según se asegura, aunque no he visto la ley. Se mandan entregar vales de bienes nacionales a los militares para que los compren en remate en el mejor postor (10).

La campaña del Perú había sido una válvula de escape a la tensión social acumulada en la Gran Colombia; burlado el programa agrario, nada podía frenar la guerra de clases... Esto era ya otra historia.

NOTAS

(1) G. Carrera Damas. *Materiales para el estudio de la cuestión agraria en Venezuela (1808-1830)*, pág. 153.
(2) G. Carrera Damas, *ob. cit.*, págs. 203-204.
(3) G. Carrera Damas, *ob. cit.*, págs. 205-206.
(4) G. Carrera Damas, *ob. cit.*, págs. 206-207.
(5) G. Carreras Damas, *ob. cit.*, págs. 263-265.
(6) Simón Bolívar, *Escritos políticos*, pág. 159.
(7) *El Colombiano*, núm. 119, 17 agosto 1825.
(8) Juan Bosch, *Bolívar y la guerra social*, pág. 142.
(9) *El Indicador del Orinoco*, núm. 11, 3 diciembre 1825.
(10) J. Bosch, *ob. cit.*, pág. 139.

Bibliografía

Izard, Miguel, *El miedo a la revolución. La lucha por la libertad en Venezuela (1777-1830)*, Madrid, Tecnos, 1979. Carrera Damas, Germán, *El culto a Bolívar*, Universidad Central de Venezuela, 1973. Id., *Boves. Aspectos socioeconómicos de la guerra de la independencia*, Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1972. Lynch, John, *Las revoluciones hispanoamericanas (1808-1826)*, Barcelona, Ariel, 1976. Acosta Saignes, Miguel, *Acción y utopía del hombre de las dificultades*, La Habana, Casa de las Américas, 1977. Parra Pérez, Caracciolo, *Historia de la primera república de Venezuela*, Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1959 (2 vols.). Uslar Pietri, Juan, *Historia de la rebelión popular de 1814*, Madrid, Edime, 1972. Mijares, Augusto, *El Libertador*, Caracas, 1964. Id., *Simón Bolívar. Doctrina del Libertador* (Selec. Manuel Pérez Vila), Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1976. Bolívar, Simón, *Escritos políticos* (Selec. Graciela Soriano), Madrid, Alianza Editorial, 1981. Id., *Discursos, proclamas y epistolario político* (Selec. Mario Hernández Sánchez-Barba), Madrid, Editora Nacional, 1978. Masur, Gerhard, *Simón Bolívar*, México, Grijalbo, 1980. Rumaso González, Alfonso, *Bolívar*, Madrid, Edime, 1981. Martínez Díaz, Nelson, *Simón Bolívar*, col. «Protagonistas de América». Ed. HISTORIA 16/Quorum, Madrid, 1986.

Estamos haciendo futuro.



